

EL CORREO DE ULTRAMAR

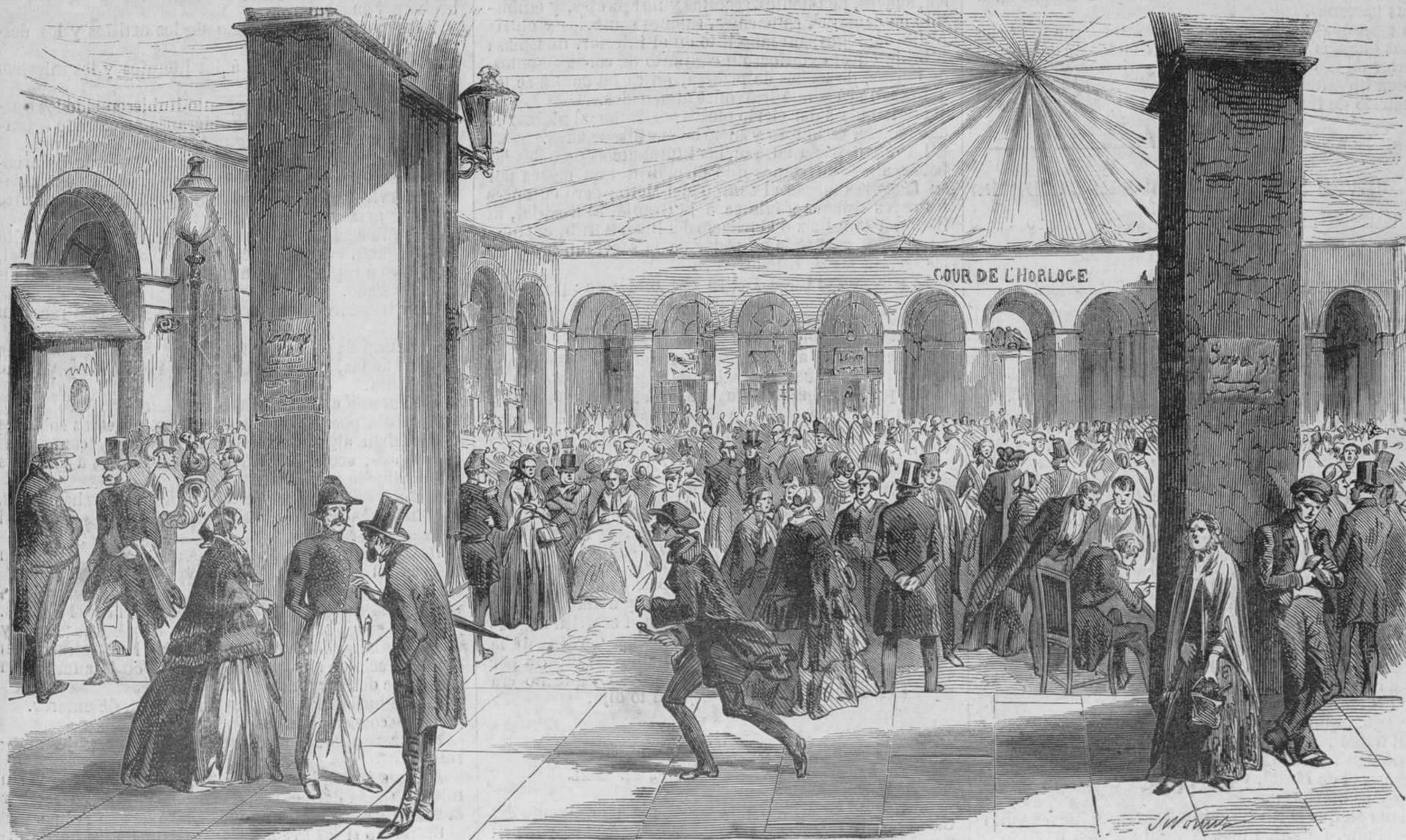
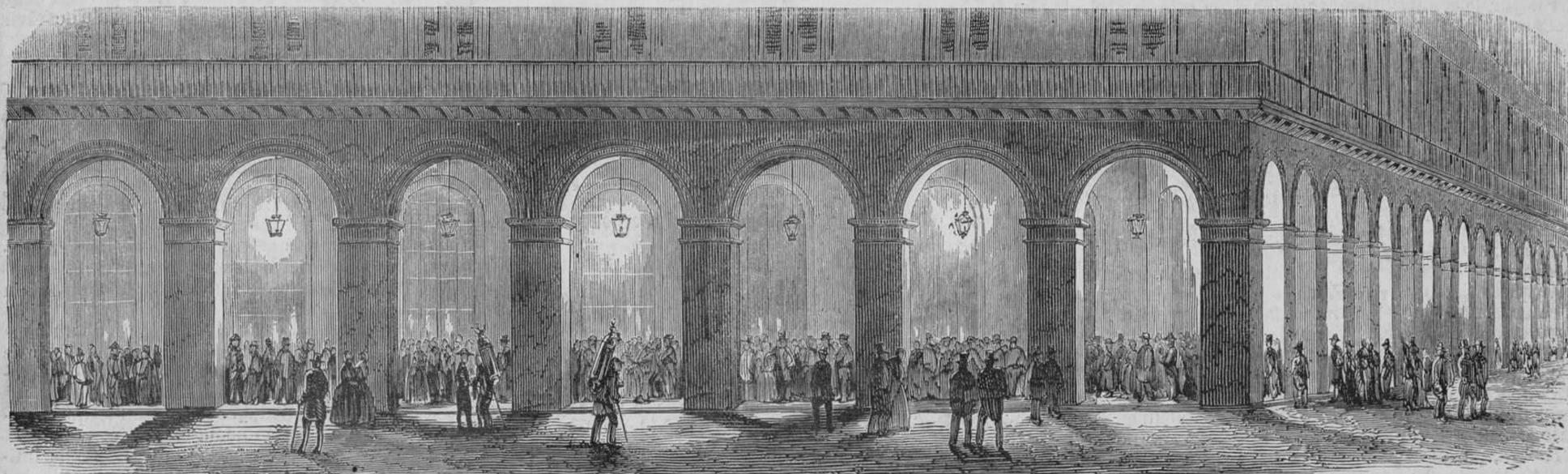
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 336.



LOS SUSCRITORES AL EMPRÉSTITO DE 500 MILLONES DE NOCHE BAJO LOS ARCOS Y DE DIA EN EL PATIO DEL MINISTERIO DE HACIENDA.

SUMARIO.

El empréstito francés de 500 millones de francos; grabados. — **El jueves santo de 1621 en Madrid.** — **Viaje del emperador Napoleón a Italia;** grabados. — **Revista de París.** — **La guerra en Italia.** — **La villa y corte.** — **La guerra de la independencia italiana;** grabados. — **Retina.** — **Paso de las cuevas del monte Cenís por las tropas francesas;** grabados. — **Leovigildo.** — **Las tropas francesas pasando junto al obelisco del monte Ginebra;** grabado. — **La artillería piemontesa en Susa;** grabado.

El empréstito francés de 500 millones de francos.

El 7 de mayo se abrió en París la suscripción nacional para el empréstito de 500 millones de francos con destino á cubrir los gastos de la guerra de Italia, y se cerró el 13 á las cinco de la tarde. En tan corto espacio de tiempo se presentaron en las oficinas de suscripción 245,025 suscriptores en París, y 443,163 en los departamentos, y la suscripción se ha elevado á la suma enorme de 2,509,339,776 francos, ó sea más de cinco veces mas la cantidad que necesitaba el gobierno.

El ministro de Hacienda, al dar cuenta al emperador de este resultado extraordinario, terminaba así su primer informe:

« Señor.

Todo es notable en esta imponente manifestación de la opinión pública:

El número de suscriptores, que excede en mas de 215,000 al del empréstito último, que fué ya tan extraordinario;

El capital suscrito, que es cinco veces superior á la suma pedida;

La naturaleza enteramente nacional de este capital, que es de origen exclusivamente francés;

La enormidad de la suma pagada en algunos dias sin causar ninguna perturbación en la marcha de los negocios corrientes.

Semejantes resultados hablan, señor, por sí bastante alto para que sea superfluo hacer largos comentarios. Obtenidos en las actuales circunstancias, al siguiente dia de las crisis alimenticias, monetarias, comerciales y políticas que han perturbado el mundo y conmovido las situaciones mas fuertes, hacen resaltar brillantemente la solidez de nuestro sistema rentístico, la riqueza del país, su poder y su patriotismo.

Demuestran á la vista de todo el mundo, la íntima unión que existe entre la Francia y el emperador, la entera confianza de la nación en la fuerza y en la sabiduría del soberano que preside á sus destinos y la seguridad que inspira el poder interino confiado á la firmeza y alta razón de la emperatriz regente.»

Diremos, para terminar, que cuando se cerró la suscripción habia aun en las entradas de las oficinas un gentío considerable que tuvo que retirarse sin poder suscribirse, porque han sido insuficientes los empleados, no obstante ser tan numerosos, para despachar á tantas personas.

La gente pasaba las noches esperando á que se abriesen las oficinas para entrar á suscribirse. En la página anterior damos á nuestros lectores un doble dibujo de ese cuadro interesante, á la puerta y en el patio del ministerio de Hacienda en la calle de Rivoli.

EL JUEVES SANTO DE 1621 EN MADRID.

CUADROS DE COSTUMBRES DE AQUEL TIEMPO

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

I.

EL MADRID DE ANTAÑO.

Retrocedamos doscientos treinta y ocho años.

Es decir, coloquémonos de un salto, por medio de la imaginación, en el año de 1621... y en la imperial y coronada villa de Madrid.

Y á fe, á fe, que si yo pudiera presentaros materialmente al Madrid de entonces, os habia de dar contento, por lo diferente que le hallarais del Madrid de 1839.

Reinaba Felipe III, el buen rey Felipe III, modelo de reyes cazadores y rezadores, que si hubiera entendido tanto de gobernar el reino como se le alcanzó de correr liebres y rezar letanias, no hubiera dejado el reino tan mermado, empeñado y deslustrado, como se lo dejó á su buen hijo Felipe IV, el rey de los galanteos, de los favoritos, de los cómicos y de los danzantes.

He dicho mal diciendo que Felipe III reinaba el jueves santo de 1621.

Porque Felipe III se moria.

Es verdad que tampoco, propiamente hablando, Felipe III habia reinado nunca.

Le habian aliviado de este peso su confesor, el duque de Lerma, el de Uceda, y don Rodrigo Calderon.

El rey se moria pues.

Y el dia en que el rey se moria, esto es, el jueves santo de aquel año, no habia nacido el sol para Madrid.

No porque el sol no hubiese salido, que jamás este respetable señor desatiende el deber que tiene de alumbrar á los mortales, sino porque habia amanecido tan densamente nublado, que ni el mas sutil rayo del sol se habia abierto paso por entre las nubes.

Es decir, que aquel dia Madrid estaba alumbrado á través de un transparente.

Pero de un transparente tan opaco, que si el dia por sí mismo no hubiera sido bastante triste por su solemnidad, por el silencio de las campanas de las innumerables torres de Madrid, y por la ausencia de las carrozas en sus calles principales, hubiera bastado para hacerle triste y horroroso la cerrazón del cielo y la menuda y continua lluvia que se cernia de las nubes.

Si á esto se añade lo feo que era entonces Madrid y lo tieso y espetado de los españoles de entonces, podriamos formar una idea verosímil del aspecto que presentaba Madrid á las cinco de la tarde á que nos referiríamos.

Vamos á procurar hacer un incompleto *fac simile* de lo que era aquel Madrid pasado.

Ni tenia calles que buenamente pudieran llamarse rectas (es verdad que la mayor parte de las que hoy tiene son torcidas), ni los maestros de obras se habian cuidado gran cosa de la regularidad de los edificios.

Habia multitud de calles estrechas y tortuosas, plazas destaraladas de aspecto heterogéneo, sobre cuyos lados tanto sobresalía una habitacion volada con ventanas á guisa de troneras, sostenidas por puntales de pino, remedando un nido de golondrinas, como se marcaba un ángulo entrante, formado por una casucha que parecia retirarse avergonzada de la línea de sus compañeras.

En cambio las parroquias, las comunidades, las hermandades, las coiradias, los hospitales, lucian por cima de los negros tejados de la corte los botarces, las agujas, las cúpulas, las torrecillas mas ó menos ostentosas de los campanarios de las iglesias, capillas y oratorios, cosa que, vista desde el campo, daba á Madrid el aspecto de un inmenso reptil, que tendido de espaldas á la tierra, presentara al cielo sus múltiples, desiguales, agudas é inmóviles palas.

La multitud de estos edificios piadosos no se comprende sino teniendo en cuenta que en el siglo XVII hubo un verdadero furor por esta clase de fundaciones.

Diez y seis conventos de frailes, diez y siete de monjas, nueve iglesias, seis hospitales y seis colegios se fundaron solamente en Madrid en el trascurso de aquel siglo.

Es decir, cincuenta y cuatro establecimientos piadosos.

De aquí que la tercera parte de los españoles de aquel tiempo fuesen clérigos, frailes y monjas.

Volviendo al aspecto de Madrid, era tambien dignísimo de notarse el alcázar real, levantado en el mismo lugar en que se alza hoy el actual palacio.

Aquel alcázar era un edificio medio palacio medio castillo, gótico y árabe con trozos flamencos y semimoros del Renacimiento; constituia una especie de baturrillo arquitectónico, destaralado, grande, sureado en su interior por callejones torcidos é interminables, taladrado por cien escaleras anchas, estrechas, de caracol, suaves, pendientes, secretas y no secretas, y embutido de cámaras, camarines, salones sombríos y chiribitiles lóbregos; un laberinto en el interior, una masa híbrida en el exterior, un conjunto de cornisamentos, de ogivas, de techos de pizarra, entre los cuales se levantaban acá y allá torreones almenados.

Contribuia á dar cierto efecto particular al alcázar lo descuidado, escabroso y sucio de sus alrededores.

Llegaban hásta su pié las inmundicias de todas las partes altas convecinas que formaban una cloaca por su fachada opuesta al campo del Moro; pero entonces los reyes solian refugiarse á la Granja, al Escorial, al Pardo, á Aranjuez ó al palacio del Buen Retiro, dejando su viejo y real nido en poder de la servidumbre y de las secretarías de Estado.

El palacio del Buen Retiro era otra cosa: podia llamarse bello: con sus galerías, sus frescos y sus artonados, sus esbeltas torrecillas y sus pizarras grises, y sobre todo con aquel famoso teatro que dió lugar en su escenario á las representaciones de las originalísimas y extrañas comedias de aquel *Ingenio de la corte*, que segun malas lenguas eran fruto de la imaginación de un rey poeta, é iban á recibir el último toque de la desvergonzada pluma de nuestro gran Quevedo.

Réstanos hablar de la Puerta del Sol y de las famosas gradas de San Felipe el Real, *Mentidero de Madrid*: si Cervantes volviera á la vida, miraria con ojos espantados la completa transformación de aquel paraje: buscaria en vano la línea de tiendas oscuras, profundas que ocupaban el lugar donde ahora se eleva la casa de Correos; dudaria al ver en vez de las gradas y el convento de San Felipe, la enorme casa que ha levantado sobre las ruinas del viejo monasterio el espíritu comercial de la época: buscaria la fachada derecha de la iglesia del Buen Suceso, y no hallándola, juraria por sus calzas y por la princesa Micomicona, que no era aquello Madrid y que mentia quien lo dijo.

II.

LAS GRADAS DE SAN FELIPE EL REAL.

Existe aun en Madrid una iglesia, la del convento del Carmen, cuya fachada correspondiente á la calle de su nombre tiene mucha analogia con lo que fué el des-

truido convento de San Felipe el Real en la calle Mayor.

Por una gradería de mármol á cuyo pié hay una verja, se sube á una especie de plataforma embalsada que levanta el piso de la iglesia sobre el de la calle algunos piés: esta plataforma, bastante ancha para que puedan pasear en ella con holgura ociosos, tiene debajo unos profundos espacios abovedados, cuyas puertas están á nivel del piso de la calle, y que se llamaban y llaman aun los viejos covachuelas.

Estas covachuelas, que en la iglesia del Carmen son tiendas de abanicos y de sombrillas, en San Felipe el Real eran dependencias del Estado, de donde se deriva el nombre de covachuelistas que se daba en otros tiempos á otros empleados.

Pero lo más notable de las gradas de San Felipe el Real no lo eran ni las covachuelas ni el pórtico pesado de la iglesia, ni sus dimensiones gigantescas, ni la perspectiva de calles y edificios que desde allí se gozaba, ni la proximidad de la casa de Oñate,alzada frente á ella y magnífica para aquellos tiempos.

Lo que tenían de notable las gradas de San Felipe, era su concurrencia diaria, característica, especial.

Aquella falange de notabilidades, que venian á ser el carácter, la vida, el *sine qua non* de las gradas.

Aquella cohorte murmuradora, terrible, necesitada siempre de cuentos y de calumnias, que habian dado un nombre punzante al lugar en que se reunian, sobreponiendo el apodo al nombre verdadero.

Las gradas de San Felipe el Real se llamaban ya en tiempo de Felipe III, y siguieron llamándose mucho tiempo después, el *Mentidero de Madrid*.

Si hoy buscárais el mentidero de la corte, no le hallarais en la calle Mayor ni en la Puerta del Sol.

Hoy se miente allí como se miente en todas partes, pero se miente por oficio, no por entretenimiento.

En la calle Mayor los comerciantes mienten.

Pero mienten para vender.

En la Puerta del Sol, mienten los bolsistas antes de abrirse la Bolsa: los mineros, los agentes de toda clase de negocios: los mil y un profesores del arte de vivir á costa del prójimo.

Pero ya está dicho: mienten á tanto por mentira.

En las gradas de San Felipe el Real se mentia por solo mentir, por caridad, por envidia, por odio.

Se mentia en fin de balde.

Los grandes señores, los poetas, los artistas, los soldados, los estudiantones, los entretenidos, iban allí á contribuir con su mentira gratis, pero siempre aguda, siempre maliciosa, siempre chispeante, siempre acorada.

Rodaban las honras de las mujeres honestas; levantábanse reputaciones de poetas vergonzantes; se mordian las obras de Lope y de Herrera, y se atarazaban las novelas de Cervantes.

Se paraban con torcida intención delante de un cuadro detestable, y le elogiaban á la vista del autor de una obra maestra, para la cual no tenían mas que lástima y sarcasmos groseros.

En una palabra, la envidia se cebaba en lo que la irritaba, y elogiaba lo que no podia excitarle.

O lo que es lo mismo; deprimia lo que no podia imitar, y ensalzaba lo que por vulgar y pobre podia ser hecho por cualquiera.

Y los poetas murmuraban de los artistas y los despreciaban.

Y los artistas mordian á los literatos y los miraban con desden.

Si solo los hombres de ingenio hubiesen sido los concurrentes del mentidero, hubiéranse arrastrado sobradamente ancho en las extensas gradas.

Pero los hombres de ingenio, como los grandes árboles, como las rocas, como los muros, están sentenciados á servir de sosten á las plantas parásitas, que de otro modo se arrastrarian por el suelo.

Sin embargo, la insolente yedra trepa á lo mas alto de la encina, cubre la roca y el muro, les roba el sol, da abrigo á reptiles y se muestra orgullosa desde su altura prestada.

Cada hombre de genio es una encina, una roca, un muro.

Cada una de estas eminencias sirve de apoyo á una nulidad audaz, que acaba por despreciar al apoyo que la sustenta.

Eso sucedia entonces como sucede ahora.

Nuestros poetas, nuestros artistas, nuestros soldados necesitaban alguien con quien hablar, y como ellos eran pocos, acogian á título de habladores á todos los que á ellos se acercaban.

Y como era necesario hablar durante muchas horas, y eran muchas las lenguas y pocos los sucesos, de aquí la necesidad de mentir.

De aquí el nombre de Mentidero de las gradas de San Felipe el Real.

De allí salian reputaciones adobadas, aplausos á comedias malas, conspiraciones contra comedias buenas.

Allí se elogiaba tal libro escrito para los ratones, y se deprimia tal obra que debia recibir la indemnización del desprecio de sus contemporáneos en la admiración constante del porvenir.

Allí se hacian las apuestas de armas y de amores.

Allí se concertaban los duelos.

Allí se recibian y se contestaban los mensajes amorosos.

Allí en fin se hacia por completo, sin pudor y sin miedo la vida del pecado, como podia muy bien haber dicho en un sermón un padre grave de San Felipe.

Eran otro sí las gradas, la camarilla de las hermosuras de moda y de los amantes de oficio.

Las sillas de manos sin portezuelas y sin cortinas, mostrando dentro una dama buscona; la buscona de á pié dejando caer el manto y levantando la falda para dejar ver el chapin: los matones de rumbo y los buscadores de vida pasaban y cruzaban y volvian á pasar, buscando acomodo, como si no le buscasen, saludando á este y al otro que en las gradas paraban; fiechando miradas, rifando celos, brindando estocadas.

En cambio, ninguna mujer que algo se estimaba, rica ó pobre, noble ó plebeya, se atrevia á pasar por delante del Mentidero.

III.

LO QUE HAY HOY SEMEJANTE EN MADRID AL MENTIDERO DE ANTAÑO.

El tiempo pasa.

Pasan las cosas.

Pero no pasa la esencia de las cosas.

Pasó el Mentidero.

Pasaron las gradas de San Felipe el Real.

Cervantes, Quevedo, Lope, Calderon, Villamediana,

Tirso, Velazquez, Murillo é *tutti quanti* han pasado.

Desaparecieron las covachuelas.

Desapareció San Felipe el Real.

Hasta el Buen Suceso ha pasado con su compañera Mari-Blanca.

La casa de Oñate, hermana del convento del Buen Suceso y de Mari-Blanca, existe aun no sabemos por qué virtud.

Pero pasará tambien.

Lo que no ha pasado, lo que no pasará es el Mentidero de Madrid.

Porque Madrid necesita un matadero de reputaciones para dar alimento á la malquerencia de sus vagos, como necesita un matadero de reses para dar de comer á sus habitantes, y un matadero de hombres regentado por la ley para aliviarse de asesinos y ladrones.

Madrid necesita un mentidero, y como todo lo necesario existe, le tiene.

Madrid está en una situacion especial.

Tiene tanto de córte como de pueblo.

En Madrid se conoce todo el mundo.

En Madrid hay tres lugares de cita.

Los teatros.

El Prado.

El Café Suizo.

Unas mismas gentes se ven todos los dias en el Prado, en los teatros, en el Suizo.

En este último, como en las difuntas gradas de San Felipe el Real, se reúnen, los literatos que no escriben, los pintores que no pintan, los escultores que no esculpen, los arquitectos que no construyen, los títulos que no figuran en la Guia, los médicos sin enfermos, los cómicos de planta baja, los ociosos con renta, y por último una falange dañina, verdadera plaga hija de la imprenta, que produce la gacetilla, esto es, la calumnia, y la revista de teatros, esto es, la envidia.

Allí está establecida la sociedad de socorros mutuos literarios.

Allí se hacen y se deshacen reputaciones.

Allí se improvisan grandes hombres.

Allí se deshonran mujeres.

Allí se habla mal de todo lo bueno.

Allí se tiene indulgencia y elogios para todo lo malo.

Allí se miente gratis por lucir ingenio.

Allí se seduce de memoria parodiando á don Juan Tenorio.

Allí se corrompe el lenguaje retorciéndole para hacerle ingenioso.

Allí se crea un gongorismo horrible: el gongorismo de la idea, infinitamente mas perjudicial que el de la frase.

El Suizo en fin es el matadero moral de Madrid.

Es el asilo de los aventureros literarios.

Es la *córte de los milagros* del talento.

El Suizo es el heredero legitimo de las gradas de San Felipe el Real.

Y dada la condicion social de Madrid, el Suizo es su consecuencia legitima.

El lugar donde la mano del destino ha escrito el *Mane Thezel Fhares*, que escribe en un momento dado en la frente de todos los pueblos.

Y sin embargo hay algunos hombres honrados y de verdadero talento que van á sepultar sus piés hasta las rodillas en el fango de aquella cloaca.

Porque es menester pasar de algun modo algunas horas de la noche.

IV.

COROLARIO.

El Madrid de hoy se parece al Madrid de anteaer, al Madrid de la casa de Austria y de las gradas de San Felipe, como el nieto se parece al abuelo en los rasgos característicos de raza.

Los españoles de hoy se diferencian muy poco de los del siglo XVII.

Algunas palabras de mas en el Diccionario.

Algunas virtudes de menos en el alma.

Algunos ferro-carriles en vez de algunas carreteras.

Pero mayor número de vagos y de prostitutas.

Mayor corrupcion en las costumbres.

Y con mucha menos ciencia y mucho menos ingenio, mucho mas orgullo.

Habia la diferencia de que entonces se nos tenia por algo, y hoy se nos tiene por nada.

Que se nos respetaba todavía, y que hoy un mendigo extranjero que viene á golpear entre nosotros el piano, se atreve á insultarnos.

Unas diferencias están compensadas con otras.

En el fondo somos lo mismo que éramos.

Un pueblo estacionario que marcha á paso de buey por el camino de la civilizacion.

Pero como en España todo se compensa, el pueblo español no desanda jamas el paso que adelanta.

Marcha lentamente.

Resiste.

Pero no se detiene y llegará.

V.

LA PROCESION.

Pero insensiblemente, escribiendo, escribiendo y sin pensar, nos hemos salido, como quien dice á campo atravesado, del camino que habiamos tomado.

Volvamos á él.

El juéves santo de 1621 habia amanecido nublado.

Lloviznaba.

Y como cuando el cielo de Madrid se pone á lloviznar no lo deja en todo un dia y á veces en toda una semana, seguia lloviznando por la tarde como habia lloviznado por la mañana.

La llovizna era fríasima, como nieve cernida.

Sin embargo, los vecinos de las calles de la Almudena, del Sacramento, de Puerta Cerrada, de Toledo; los de la Plaza y Calle Mayor, los de la Puerta del Sol y calle del Arrenal habian recibido orden de enarenar y alfombrar el centro de las calles delante de sus habitaciones.

La córte iba á salir á las cuatro de la tarde á recorrer los sagrarios.

Siempre se habia enarenado para que la córte pisase blando é igual; pero no se habia alfombrado nunca.

Los vecinos se daban de calabazadas pretendiendo adivinar la causa; pero se apresuraban á cumplir la orden.

Porque entonces un alguacil era un personaje respetable.

Lo que demuestra que el siglo XVII estaba completamente respetado y en toda su fuerza y esplendor el principio de autoridad.

Y era que entonces mandaba todo el mundo.

Es verdad que todo el mundo tambien obedecia.

Alfombráronse pues las calles, y la murmuracion pública tuvo una cosa mas en que cebarse.

Los mentideros del mentidero estaban de enhorabuena: les habia caído mucho que ver y mucho de que murmurar.

Porque los del mentidero sabian lo que no sabian los vecinos.

Porque en el mentidero se sabian las cosas al minuto de sucedidas.

Y mucho mas las cosas de palacio.

Y palacio era la causa del alfombramiento.

Porque la infanta doña Ana habia hecho voto de recorrer descalza los sagrarios, porque el rey su padre se restableciera.

Al voto de la infanta se habian adherido sus hermanos el príncipe de Asturias don Felipe, el infante don Carlos y la infanta doña María.

Estos habian dado orden á sus respectivas servidumbres de que se paseasen descalzas, y no así como se quiera, sino descalzas de pié y pierna, para evitar todo fraude que pudiera encubrirse con calza ó con la media. Ibamos á ver pues cosas muy buenas.

Piés como lanzaderas.

Patas como sapos.

Callos, juanetes, sobrehuesos.

Piernas sutiles y piernas hídrópicas.

Debianse ver tambien piés de alabastro y piernas divinas.

El mentidero hervia de sus cotidianos concurrentes. Hervian los balcones de la casa de Oñate de damas y caballeros.

Allá por un balcon asomaban las antiparras de Quevedo, entre dos dueñas quintañonas, y en otro la única sonrisa de Villamediana entre dos niñas de á quince y veinte.

Y cuantas ventanas habia en las casas.

Y cuantas buardas habia en los tejados.

Y cuantas bocascalles salian á la Mayor.

Aquello era una concentración de los habitantes de Madrid.

Un agolpamiento al corazon de la villa, á costa de las extremidades.

Y plumas y veles y galas y joyas por todas partes.

Y sobre todo esto cayendo constantemente la llovizna menuda y helada como la nieve.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se concluirá.)

Viaje del emperador Napoleon á Italia.

SALIDA DE PARIS. — LLEGADA Á MARSELLA. — DESEMBARCO Y RECEPCION EN GÉNOVA.

El 10 de mayo, á las cinco de la tarde, la comitiva del emperador salió de las Tullerías y se dirigió hácia el embarcadero del ferro-carril de Lyon, pasando por la calle de Rivoli y la plaza de la Bastilia. En toda la carrera se habia reunido un gentio inmenso, y todas las ventanas y balcones, en su mayor parte empavesados, estaban cubiertos de espectadores.

El emperador llevaba el uniforme de campaña, con kepi en la cabeza, y permanecia en pié en su coche, separado de su escolta por la poblacion que rodeaba su carruaje. Tenia el semblante sereno y risueño y estrechaba las manos que le tendian. Los caballos no podian marchar mas que al paso y muy lentamente, tan compacto era el gentio, y tambien los cien guardias tuvieron que quedarse muy atrás para evitar desgracias. Es preciso que confesemos que nunca hemos visto en Paris tal entusiasmo.

Cuando el emperador llegó al patio del ferro-carril, se despidió de la guardia nacional, de los altos dignatarios, del príncipe Gerónimo y de la princesa Matilde, y acompañado de la emperatriz, del príncipe Napoleon y de su casa militar y civil, subió al magnífico wagon de la compañía de Orleans. El tren imperial se componia de cinco wagoes del ferro-carril de Lyon y otros cinco de la línea de Orleans. Además de SS. MM. y el príncipe Napoleon, iban en él: el mariscal Vaillant, mayor general del ejército; conde Roguet, de Cotte, de Failly, conde de Montebello, generales de division, ayudantes de campo del emperador; Yvelin de Bienville, príncipe de la Moskowa; Fleury, general de brigada; el coronel Vaubert de Genlis, jefe de estado mayor de la guardia imperial; Reille, teniente coronel, jefe de estado mayor de la primera division de la guardia imperial, ayudantes de campo del emperador; marqués de Toulangeon, conde Lepic, teniente coronel de estado mayor, ayudantes de campo interinos.

Favé, teniente coronel de artillería; baron de Menneval, comandante de escuadron de artillería; Schmitz, comandante de escuadron de estado mayor; Brady, capitán de artillería; vizconde Friant, capitán de caballería; Tascher de la Pagerie; príncipe de Latour d'Auvergne, capitán de infantería; príncipe Joaquin Murat, teniente de caballería, ayudantes de órdenes del emperador.

Baron de Bourgoin y Davillier, escuderos del emperador; Conneau, primer médico; baron Larrey, cirujano del emperador, y el abate Laine, capellan del estado mayor del ejército de Italia.

La emperatriz, despues de haber acompañado al emperador hasta Montereau, regresó á Paris á las diez y media de la noche.

El emperador llegó á Lyon el 11, y el mismo dia, á las once y media, estaba en Marsella. Las autoridades eclesiásticas, civiles y militares del departamento de las Bocas del Ródano esperaban en la estacion; el emperador fué recibido en una sala ricamente adornada. S. M. subió en seguida á un coche descubierto, y el cortejo se dirigió hácia el muelle Napoleon por la Canebiere, adornada espléndidamente y llena de una muchedumbre trasportada de entusiasmo y de júbilo. El emperador se embarcó en el yacht la *Reine-Hortense*, que dejó el muelle á las dos; una salva de 101 cañonazos saludó su marcha.

El 12 el emperador llegó á Génova; hé aquí una relacion de las circunstancias de ese dia que tomamos de una correspondencia francesa:

Génova 13 de mayo de 1839.

Génova, tan llena de ruido y de movimiento desde que han comenzado á pasar por ella las tropas francesas, ofrecia ayer mañana el espectáculo de una agitacion extraordinaria: se esperaba al emperador, y el pueblo y las autoridades se disponian para recibir dignamente á sus primeros pasos en el territorio italiano al príncipe que presta el poderoso apoyo de la Francia á la santa causa de la independencia nacional.

Los principales personajes de la córte, que no tenían precision de estar en el campo, habian llegado al palacio real con el príncipe de Saboya Carignan, actualmente regente del reino; entre ellos figuraban el conde de Cavour, el conde Nigra, el digno ministro de la casa del rey, el conde de Salasco, prefecto del palacio, el marqués de Brema, gran maestro de ceremonias, y varios ministros.

El palacio real, admirable residencia adquirida por Carlos Felix de la familia de Durazzo, se eleva enfrente del mar, con el cual comunica por una galeria que desemboca en el mismo arsenal. Una escalera de mármol reservada para el rey baña sus últimos escalones en el agua de la dársena militar. Allí se habia preparado todo para la recepcion del emperador. Los adornos consistian en trofeos formados con las águilas imperiales y con las armas de Saboya, y en banderas de las dos naciones. Dos vapores del Estado, dispuestos á cada lado del paso, servian de tribunas reservadas para la alta sociedad genovesa. La guardia nacional y un regimiento de granaderos de la guardia imperial esperaban en batalla para hacer los honores.

A las once todos los puestos estaban ocupados, y una muchedumbre inmensa se apiñaba en el puerto mercante. A las doce y media un cañonazo disparado por la batería de la Linterna anunciaba que estaba á la

vista la *Reine Hortense*, y á esta señal el príncipe de Cariñan y su comitiva se embarcaban en el *Anthion* y salían á la rada al encuentro de Napoleón III.

A las dos resuenan los cañones, las campanas y los tambores, las tropas presentan las armas, y una aclamación inmensa sale de todas las bocas; el bote imperial entra en la dársena y se adelanta rápidamente hacia el muelle. El emperador sale de la embarcación acompañado por el príncipe Napoleón, el príncipe de Cariñan, el mariscal Vaillant y los dignatarios sardos, siendo recibido por el general Regnault de Saint-Jean d'Angely, comandante en jefe de la guardia imperial, por el general Bussetti, comandante de la guardia nacional genovesa, y por un numeroso estado mayor de entrambos ejércitos. Se repiten los gritos de ¡Viva el emperador! ¡Viva la Francia! S. M. saluda graciosamente, y todo el cortejo sube al palacio real.

Entonces principia la recepción oficial. El clero, el cuerpo municipal, las tribunas, los oficiales y funcionarios de toda clase acuden á saludar á Napoleón III, y á manifestarle la gratitud y los votos de sus conciudadanos.

Entre tanto la ciudad tenia toda ella un aspecto de fiesta; en todos los balcones habia colgaduras, banderas, guirnaldas y escudos con inscripciones que decian en francés y en italiano: — ¡Viva el ejército francés! — ¡Viva el rey! ¡Viva el emperador! — ¡Viva la Italia! — ¡A nuestros valientes aliados!

El emperador, despues de haber recibido á las autoridades, recibió tambien á los condecorados con la medalla de Santa Helena. Estos veteranos se hallaban formados en los jardines del palacio, donde habló el emperador con varios de ellos y recibió las solicitudes que le fueron presentadas. Por la noche, el emperador asistió al teatro con el príncipe de Cariñan, algunos ministros sardos y varios oficiales de su comitiva. Todos los palcos de aquella vasta sala se hallaban llenos de señoras lujosamente ataviadas y presentaban un aspecto bellissimo. Muchas veces, durante la representación, y especialmente durante el baile, prorrumpieron los espectadores en unánimes aclamaciones á S. M. El 13, á las siete, vino á Génova el rey Víctor Manuel á visitar al emperador, y volvió en seguida á su cuartel general.

El mismo día que llegó á Génova, el emperador dirigió á sus tropas la orden del día siguiente:

EJÉRCITO DE ITALIA. — Orden del día. — ¡Soldados! Vengo á ponerme á vuestra cabeza para conducirlos al combate. Vamos á secundar la lucha de un pueblo que reclama su independencia, y á sustraerle de la opresión extranjera. Es una causa santa que tiene en su favor las simpatías del mundo civilizado.

No tengo necesidad de estimular vuestro ardor: cada etapa os recordará una victoria. En la via Sagrada de la antigua Roma, numerosas inscripciones se sucedian en los mármoles para recordar al pueblo sus hazañas: lo mismo hoy, al pasar por Mondoví, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcola y Rívoli, marchareis por otra via Sagrada, en medio de estos gloriosos recuerdos.

Conservad esa severa disciplina que es el honor del ejército. Aquí, no lo olvideis, no hay mas enemigos que los que se batien contra vosotros. En la batalla permaneced compactos y no abandonéis vuestra formación por correr hacia adelante. Guardaos de un arrojo demasiado grande; es la única cosa que temo.

Las nuevas armas de precisión solo son peligrosas de lejos, y no impedirán que, como en otro tiempo, la bayoneta sea el arma terrible de la infantería francesa.

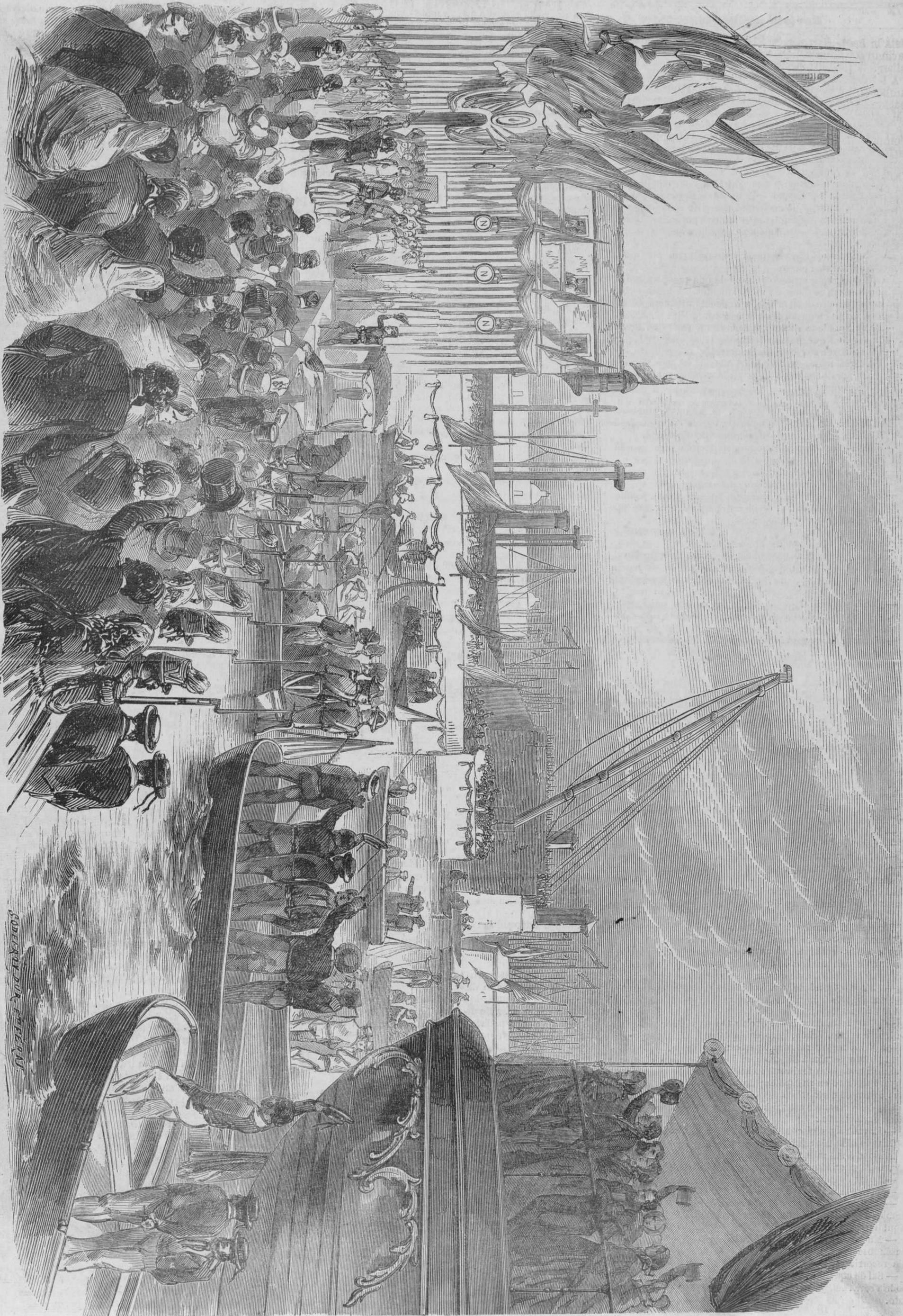
¡Soldados! cumplamos todos con nuestro deber y pongamos nuestra confianza en Dios. La patria espera mucho de nosotros. Ya de uno á otro extremo de la Francia resuenan estas palabras de feliz augurio: El nuevo ejército de Italia será digno de su primogénito.

NAPOLÉON.

Génova 12 de mayo de 1859.



S. M. EL EMPERADOR SALIENDO DE PARIS PARA IR A TOMAR EL MANDO DEL EJÉRCITO DE ITALIA.



DESEMBARCO DE S. M. EL EMPERADOR EN EL PUERTO DE GENOVA, EL 12 DE MAYO DE 1859.

GOVERNOR DE GENOVA

Revista de Paris.

Un inglés maniático vivía retirado en París atormentado extraordinariamente por unos ataques de gota que le hacían insostenibles los últimos años de su vida.

Cuando le acometían los ataques, lanzaba gritos y se entregaba á los trasportes mas furibundos. En tales momentos era muy peligroso acercarse á él, y los médicos que le habían aconsejado diera rienda suelta á toda su ira, se guardaban muy bien de acercarse al paciente en tan críticas circunstancias. El inglés tenía siempre al lado de su sillón un enorme látigo, que habían probado con frecuencia algunos de sus criados.

Los facultativos tuvieron una consulta, y en ella imaginaron poner junto al enfermo á un mozo de la cuadra llamado John, con el encargo de excitar la cólera de su amo y sufrir sus consecuencias, mediante cien francos por cada arrebato en que hubiera el acompañamiento de golpes que los médicos deseaban.

La escena tuvo lugar repetidas veces, y parece ser que el remedio surtía buen efecto.

Un día que estaba sentado delante de una mesa en que había una bandeja cargada de medicamentos, el inglés se burlaba amargamente de su criado, y le decía que le era ya difícil encolerizarle como en otras ocasiones.

— Te he mandado llamar porque estoy peor que nunca, pero te desafío á que logres aliviarme.

— Cuidado con los locos, decía John.

— No harás nada, exclamaba el inglés; ya para encolerizarme has puesto en juego todas tus insolencias inútilmente.

— Me falta una cosa.

— ¿Cuál es?

— No he dicho todavía que es Vd. un pintor execrable.

John tocaba á la manía del enfermo, que se vanagloriaba de ser un artista sin rival entre los pintores de mas fama.

— Con efecto, serías el primero en decirme una cosa tan singular.

— Pues se lo digo á Vd.

— Sin embargo, no se desdennan mis obras.

— Sus amigos de Vd. le lisonjean cuando están delante; pero por detrás habría Vd. de oírlos. Y así debe ser. Ese cuadro que está ahí es un mamarracho.

Y señalaba con ironía un paisaje espantoso que estaba en el caballete que había en medio de la sala.

Los ojos del inglés se encendían; pero su amor propio de artista se consolaba pensando que el criado, por las exigencias del papel que desempeñaba, se hallaba obligado á despreciar su talento.

— ¡Ah! exclamó el gotoso; todos los medios están gastados, y ya no podré desahogarme mas; y eso que ahora lo necesito mas que nunca.

— Nada, nada, repetía John; déjese Vd. de pintar para que todo el mundo se burle de sus obras. ¿Sabe Vd. cómo le designan sus mejores amigos?

— ¿Cómo?

— Le llaman á Vd. viejo maniático.

El inglés tomó el látigo; su rostro se había puesto pálido de cólera.

John conoció que iba á llegar el momento de la explosión y que era preciso precipitarle.

— Sí, dicen que es Vd. un viejo maniático, y que en lugar de gastar el tiempo y el dinero en producir esas malas pinturas, valdría mas que no fuera Vd. tan miserable en otras cosas, y se comprara otros vestidos, pues los que tiene Vd. están repugnantes.

— John, eso es mentira, interrumpió el inglés; abusas de la familiaridad que te permito por mis dolencias...

— No, señor.

— ¿Cómo! ¿De veras tienen de mí esa opinión?

— Sí, señor; mírese Vd. en bata; examine Vd. todos sus vestidos, y se convencerá de que esa opinión se funda en realidades.

El inglés echaba espuma de ira; pero quería contenerse, porque no estaba seguro de que no fuera aquello un artificio del criado.

Entonces el animoso John, viendo que debía apelar á los últimos recursos para cumplir dignamente con la alta misión que le estaba confiada, dió un gran golpe en la mesa que fué rodando con la bandeja de los medicamentos, y de una patada abrió el lienzo donde estaba el paisaje pintado por su amo.

— Esto es demasiado, gritó el inglés rabioso; y comenzó á dar de latigazos á John con la prodigalidad que le era familiar en tales lances.

— ¡Muy bien, muy bien! exclamaba su víctima; mas fuerte... mas fuerte, señor; pero en la espalda... Deseo que se alivie Vd... mas fuerte aun... pero en la espalda.

El gotoso pegaba á diestro y siniestro por todo el cuerpo del paciente. John tenía sus razones para pedir que el látigo cayera siempre en su espalda; llevaba debajo de su chaqueta una coraza de cartón.

Los criados, al oír ese ruido en el aposento del enfermo, se reían exclamando:

— El amo sigue el consejo de los médicos.

Cuando el inglés estaba rendido, y la respiración dió cierta elasticidad á sus miembros y un curso mas rápido á sus humores, miró al criado con mucha lástima y le dijo:

— Pobre John, son unos hombres muy crueles.

— ¿Porqué, señor?

— Porque ponen á prueba sus remedios á costa de pobres diablos como tú; pero no le hace, yo se lo diré en su cara. Aquí tienes tus cien francos.

— Muchas gracias, respondió John con una voz doliente y pasándose la mano por el cuerpo en todos los lugares que había recorrido el látigo.

— Sal de aquí, John, todavía tengo el látigo en la mano y podría ser... sal, y que vengas á acostarme; quiero dormir un rato.

A pesar del remedio que se repitió con alguna frecuencia, el inglés sucumbió á un ataque de gota hace pocos días; la noticia de su fallecimiento nos ha movido á contar la anécdota del remedio contra la gota aconsejado al inglés por los facultativos parisienses.

M. E. Guinot cita ejemplos curiosos en su última crónica de vocaciones interrumpidas, y de ellos tomamos el siguiente que nos parece el mas instructivo porque se repite á menudo.

Un joven de talento se disponía á entrar en la carrera de las letras hace unos doce años. Laborioso, rico en ideas y dotado de una facilidad maravillosa para manejar la pluma, había compuesto varias obras que solo conocían sus amigos. Eran comedias donde descollaba un espíritu de observación muy fino y penetrante, con mucha chispa poética, y novelas que interesaban por la descripción y el sentimiento.

Pero los teatros no querían admitir las comedias, y los periódicos se negaban á insertar las producciones de un desconocido.

El joven luchaba contra estas dificultades que gastaban sus fuerzas y su valor. Tocaba casi á los límites donde comienza el desfallecimiento, cuando una mañana un amigo suyo, estudiante de leyes, con quien tenía un trato diario, le encontró en su habitación saltando de alegría y pisoteando en el suelo sus manuscritos.

— ¡Infeliz! dijo para sí; se ha vuelto loco.

Y luego en voz alta añadió:

— ¿Qué tienes, amigo mio? ¿Qué alegría es esa?

— ¿Qué tengo? exclamó el poeta rebosando de júbilo; tengo veinte mil francos de renta.

— No lo dudo; con tu talento un día los alcanzarás.

— Los poseo ya, amigo mio; el talento vale muy poco en la época en que vivimos. Mi fortuna no está en mi cabeza, sino en buenos títulos del tres por ciento. Dentro de una hora puedo realizar mis capitales, puedo comprar acciones de ferro-carriles, casas en París, haciendas... ¿Qué me aconsejas tú...?

— ¡Dios mio! pensó el estudiante; le voy á tener que llevar á una casa de locos.

— Mira, prosiguió el poeta enseñándole una carta de un notario de París.

— ¿Qué veo?

La fortuna era cierta y procedía de una herencia, como lo acreditaba la carta del notario.

Mientras su amigo le felicitaba, el joven autor un poco mas sereno recogía sus manuscritos, y cuando tenía hecho un montón de todos ellos, quiso arrojarlos á la chimenea, donde había encendido lumbre con la idea de destruirlos completamente.

— ¿Qué es eso? gritó el estudiante cogiéndole del brazo.

— Voy á quemar estos papelotes que me han hecho pasar tantas angustias: vaya al diablo la poesía: hoy rompó con ella para siempre.

— No, repuso el estudiante tomando el legajo que iba á sacrificar un padre desnaturalizado: déjame estos manuscritos.

— ¿Y para qué?

— Hay dos ó tres obras muy bonitas que quiero conservar.

— En hora buena.

— ¿Me las regalas?

— Sí, con la condición de que no se publiquen.

— ¿Y si yo puedo lograr que vean la luz?

— Corriente; lo que quiero decir es que no figure en ellas mi nombre.

Y dicho esto, el joven heredero se despidió de su amigo y se lanzó á los gozes que le proporcionaba su fortuna.

Puso sus novelas en acción, copió los héroes de sus dramas, y entró en una vida de lujo y de opulencia que al cabo de algunos años devoró su fortuna.

Felizmente era joven aun, y pudo tomar una resolución enérgica.

— ¡Ah! exclamó; ¿porqué abandoné la literatura? Si tuviera siquiera mis primeras obras escritas con el fuego de la juventud... quizás podría sacar algun partido.

Y fué á ver á su amigo el estudiante, cuyo trato había descuidado un poco en el curso de su brillante carrera, y que era ya un buen abogado.

— ¿Tienes algun pleito? le preguntó el amigo.

— No, nada tengo que pedir á nadie; todo está bien perdido.

— ¿Estás sin un cuarto?

— Lo mismo que lo dices.

— Ya me lo figuré: lo conocí á tiempo, pero no me atreví á darte lecciones. ¿Me necesitas hoy para algo?

— Sí, vengo á pedirte una cosa. ¿Te acuerdas de aquellos manuscritos que yo quise quemar y que tú recogiste?

— Me acuerdo muy bien.

— ¿Has publicado alguno?

— No.

— ¿Existen todavía en tu poder?

— Seguramente. Los he guardado pensando que un día podría haber sentido su pérdida, y aquí los tienes.

— Es verdad; hoy vuelvo á mi primera vocación, y te agradezco sobremanera el que hayas conservado unas obras que quizá me abrirán el camino que pienso recorrer.

El escritor halló en efecto en aquellas producciones elementos preciosos, que retocados hábilmente fueron bien acogidos por el público.

Aplaudida la primera obra, el autor se pasó en camino de llegar en breve á los primeros puestos en la literatura.

En la última semana se ha celebrado un casamiento en París, que ha sido seguido de una separación el mismo día de la ceremonia.

Los esposos se han separado muy contentos y muy amigos, y no volverán á reunirse nunca.

Esto, que parece un misterio, quedará aclarado diciendo que el marido tiene veinte y cinco años y la mujer sesenta.

El marido es un joven oficial del ejército francés, de muy

buena familia, y que se ha comido su patrimonio alegremente. La mujer es una solterona anciana, de muy buenas costumbres, muy rica y muy apreciada por las personas que la conocen.

Tenía estrecha amistad con la madre del oficial ya difunta, y deseando pagar las deudas del hijo pródigo y ponerle en buen camino, le dijo:

— Cástate conmigo, y seré para tí una segunda madre.

El oficial aceptó, y al salir de la iglesia donde había tenido lugar el casamiento, se dirigió al ferro-carril de Lyon con destino al ejército de Italia.

MARIANO URRABIETA.

La guerra en Italia.

FUERZAS MILITARES DE LOS ESTADOS ITALIANOS.

Vamos á exponer en este artículo cuáles son las fuerzas militares de los Estados italianos, y sobre todo de aquellos que están próximos al Piamonte, y al propio tiempo nos haremos cargo de la ayuda ó de la oposición que los franceses pueden prometerse de los gobiernos de la península en los sucesos actuales.

En el ducado de Parma, que confina con el Piamonte desde el Pó hasta la cumbre, y sobre la vertiente meridional de los Apeninos, Plasencia está ocupada por los austriacos, que han fortificado esa ciudad con obras de tierra muy considerables, y que dominan el curso del Pó desde la embocadura del Tesino. Parma está en posesión de las tropas de la duquesa regente, que se ha declarado por la neutralidad. Un movimiento cuyos fines no están bien conocidos todavía había decidido á la princesa á dejar su capital despues de haber nombrado un consejo de regencia, que fué reemplazado inmediatamente por un gobierno provisional. Pero á los dos días se operó una contrarrevolución; algunos oficiales se retiraron al Piamonte, y otros, á la cabeza de las tropas, llamaron á la duquesa, que volvió á su capital escoltada por los mismos soldados que la habían abandonado antes.

Bajo el punto de vista militar, estas variaciones en la política de un Estado que en el pié de guerra cuenta 6,000 hombres sobre las armas, y que no tiene ninguna plaza fuerte, carecen de interés; pero por otra parte deben inspirar el temor de que la causa de la independencia italiana no halle en el ducado ardientes defensores.

El distrito separado de Pontremoli, que tiene alguna importancia estratégica porque se compone del alto valle del Magra, y que da acceso al valle Tarro y al valle Parma por el Baganza, se había puesto bajo la protección del Piamonte. Al recibir la noticia de la entrada de la duquesa en su capital, Pontremoli se apresuró á someterse.

En el ducado de Módena, que se extiende del Pó al Mediterráneo, el pequeño país de Massa y Carrara que forma el litoral del principado, arrojó á las autoridades locales. Con el apoyo de los guardias nacionales procedentes de Génova y un destacamento toscano, la milicia local hace frente á los soldados de Módena retirados en Fivizzano sobre un aflente del Magra. De este modo se ha establecido la comunicación terrestre entre el Piamonte y la Toscana.

El ejército del duque de Módena se compone de 4,500 hombres; pero parece se ha reducido mucho por las deserciones de patriotas al ejército sardo. Así pues en ese príncipe tienen los franceses un adversario mal intencionado, pero poco temible. En Módena el partido liberal es bastante numeroso y suministrará algunos auxiliares cuando esté libre de los austriacos; pero una parte del ejército parece adicta al príncipe reinante.

En Toscana el movimiento ha sido general; el gobierno provisional establecido en Florencia es reconocido por la totalidad del gran ducado. El general Ulloa ha tomado la dirección de los asuntos militares. Se han enviado destacamentos á cubrir las fronteras, se enganchan voluntarios, y la organización se prosigue activamente; un cuerpo de 2,000 piamonteses debe estar allí ya prestando su apoyo á la insurrección.

El ejército toscano en pié de guerra se compone de 18,000 hombres, entre ellos unos 1,800 de caballería. No creemos esté completo; pero el entusiasmo del país hará que se llenen los cuadros. Los voluntarios toscanos se batieron valerosamente en 1848 delante de Mantua; es de esperar que sus sucesores, despues de haberse levantado en nombre de la independencia italiana, la defenderán con igual bizarría en los campos de batalla.

La Toscana forma actualmente el extremo derecho de los países que serán teatro de la guerra. Si es cierto que el Austria se ha comprometido á no hacer de los Estados del papa el punto de partida de sus ataques, y que renuncia á marchar sobre Florencia por el camino de Bolonia, los toscanos no tendrán mas que defender el paso de los Apeninos, que de Pistoia por San Marcello, Pieve-di-Pelago y el alto valle del Penaro, conduce directamente á Módena.

La situación política y militar de los Estados del papa es de las mas singulares. El jefe de la Iglesia ha proclamado la neutralidad de su territorio, y sin embargo, los austriacos ocupan primeramente Ferrara y Comacchio; luego Bolonia y Ancona, donde tienen guarniciones desde 1848 á petición del Sumo Pontífice; y por último, desde los últimos sucesos parece ser que han llevado tropas á todos los puntos del litoral del Adriático. No solo ocupan militarmente las ciudades, sino que exigen víveres, medios de transporte y suministros

de toda clase; se apoderan de las propiedades para las obras de defensa que ejecutan, y en fin, una parte de su ejército de ocupación cobra por la caja pontificia.

Así la neutralidad proclamada es para ellos el medio de impedir se propague el movimiento nacional italiano; les da una posición militar útil, puesto que la orilla derecha del Pó desde Palantona está á salvo de los ataques, y es también un modo para sostener á una parte de sus soldados. Por último, el ejército y la población romana abandonados á sí mismos, suministrarían á los franceses de 20 á 25,000 auxiliares que se hallan reducidos á la inacción hasta que el gabinete de Viena quiera desarmar é internar las tropas pontificias en parte cercadas por sus propios soldados.

En cuanto á los franceses, la neutralidad les permite tener cortas guarniciones en Civita Vecchia y en Roma pagándolas y manteniéndolas; posiciones que carecen de toda utilidad estratégica, puesto que pueden penetrar en Italia por el Piemonte y la Toscana.

Los austriacos tienen pues todos los beneficios y las ventajas de esa supuesta neutralidad, en tanto que para los franceses no quedan mas que las cargas y los inconvenientes de ella.

El reino de Nápoles es la potencia militar mas considerable de la Italia, al menos por el número de soldados, cuya cifra en pié de guerra puede elevarse á 140,000 hombres. Las simpatías del difunto rey por los austriacos estaban declaradas; veremos si su sucesor continúa aquella política.

Como estamos viendo, hasta el día los franceses no pueden contar sino con la ayuda del Piemonte, de la Toscana y de algunos miles de jóvenes voluntarios destinados á formar mas tarde el principio del ejército italiano. Sin duda es bastante para unos soldados que no cuentan nunca el número de sus enemigos; pero la Italia necesita rehabilitarse á los ojos del mundo entero, necesita probar que es digna de esa libertad que reclaman sus hijos. Esto solo puede hacerlo mediante un esfuerzo desesperado: aun no hay tiempo perdido: existen obstáculos que hay que tener en cuenta; pero si cada uno de esos Estados espera tranquilamente á que vayan á libertarle los franceses, la Europa podría creer que la península italiana no tiene grandes deseos de conquistar su independencia.

La villa y corte.

Madrid que tanto presumes
De ser la corte de España,
Y que luces tu corona
Con apariencias bizarras;

Poblacion que con orgullo
Ostentosa te levantas
Entre pleonasmos de vigas
Y parodias de murallas;

Villa, en fin, que con ser villa
Tus excelencias proclamas
(Pues hay muchas excelencias
Que lo son por ser villanas);

¿Por qué razon en el siglo
Diez y nueve en que te hallas,
No renuncias para siempre
A ciertas antiguas mañas?

Deslumbrando á los incautos
Que se fían de tu fama,
Brindas placeres á todos
Y les ofreces posada.

Mas ¡ay de aquel que tu abrigo
Triste busca en hora infausta,
Traiga ó no traiga la bolsa
Bien repleta de medallas!

Para el pobre tienes cepos,
Para el rico tienes trampas,
Para el inocente engaños,
Para todos esperanzas.

Desde el grave diputado,
Noble padre de la patria,
Que vota con el gobierno
Y pide turrón por varas,

Hasta el astor ignorante
Que abandona su comarca,
Y al hombre lleva su cuba
Que es su eterna cruz... de agua;

Todos buscan en tu centro
Lo que rara vez alcanzan,
Ora sea una cartera,
Ora una fusta dorada.

Verdad es que hay asturiano
Que el alto pescante alcanza,
Y oradores sempiternos
Que un ministerio se calzan.

Es verdad que mas de cuatro
Quemando incienso en las aras
Del becerro de oro, al cabo
Se hacen hombres de importancia.

Es muy cierto; pero en cambio
¿Cuántos en tí no naufragan
Perdiendo salud, dineros,
Y aun la ventura del alma?

Debajo de tus vestidos
Es tal la lepra que guardas,
Que fuera empresa difícil
Ir descubriendo tus llagas.

Entre esa turba infinita
Que por tus calles y plazas
Bulle inquieta, indiferente,
Y al parecer se solaza,

Hay seres, y no son pocos,
Cuyas horribles desgracias
Componen toda una historia
De infortunios y de lágrimas.

Por todas partes que miro
Suelo encontrar añagazas,
Y entre un mundo de mentiras
La verdad perdida anda.

Desde el inmano garito
Hasta la sala alfombrada,
Van los tahures de pega
Jugando con dos barajas.

De gorriones gorriones
Acuden sendas bandadas,
Y hay langostas á millares
Y ostras que á todo se agarran.

Fulleros que escamotean
El honor á muchas damas,
Y damas que gustan mucho
De verse escamoteadas.

Gente que gasta boato
Y da hombo á su elegancia,
Teniendo como las tiendas
Poco centro y mucha cáscara.

Mucho vago, mucho necio,
Mucho embrollo, mucha farsa;
Gran ruido, pocas nueces,
Humo, polvo, tierra, nada.

En tus públicos paseos
Parecen diosas tus damas,
Y lo son porque entre nubes
De postizos se resguardan.

Fingidos son sus cabellos;
La tez de su rostro es blanca,
Y rosa son sus megillas
Del arte por obra y gracia.

Aquel ostentoso seno,
Aquellas formas gallardas,
Aquellas amplias caderas
Y aquellas anchas espaldas;

Aquel conjunto imponente
Que seduce y embriaga,
Son un conjunto de cintas,
De ballenas y de enaguas.

Los hombres con gran porfia
También sus defectos tapan,
Y hay dentaduras postizas
Que nos da gozo el mirarlas.

Todos, en fin, con anhelo
Se componen, se acicalan,
Y hay Vulcano que le roba
Al mismo Adonis la estampa.

Esto de encubrir con algo
Imperfecciones menguadas
Del cuerpo, no me parece
Que sea empresa muy árdua.

Mas ¿qué me direis de aquellos
Que salidos de la nada,
Grandes quieren ostentarse
Siendo de estatura enana?

El tráfuga y el perjuro;
El que ha vendido su patria;

El que no la puso en venta
Porque no se la compraban;

El que intrigando creciera,
El que mintiendo triunfara,
El que durante su vida
De su cinismo hizo gala,

En vano, por mas que luchan,
Querrán lavarse sus manchas
Ante los ojos del mundo
Y ante sus propias miradas.

Bien es verdad que se dice
Que en la corte todo pasa,
Porque la corte es muy grande...
Pero no es esa la causa.

La causa de que en la corte
Se alce soberbio el canalla,
Es el haber tanto picaro
Y tanta gente de estafa.

Por eso yo, que en la corte
Vivo ignorado en mi casa,
Mucho que contar tuviera
Si del lector no abusara.

Mas hay cosas que se observan
Que no son para contadas,
Ni voy á escribir la historia
De la villa coronada.

Quedan pues en el tintero
Muchas cosas que se callan,
Tan negras como la tinta
Que el dicho tintero guarda.

Y pues mi péñola ruda
De emborronar ya se cansa,
Quédese en su sitio ella
Y Madrid donde se halla.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

La guerra de la independencia italiana ilustrada (1859).

Paso de las columnas francesas por Isola del Cantone. — Este dibujo es relativo á las primeras marchas del ejército francés para llegar á sus posiciones. Representa uno de los puntos mas pintorescos del camino de tierra de Génova á Novi cerca de esta última ciudad. Isola del Cantone está en el Scrivia, y como lugar de descanso esta localidad ofreció á las tropas que desembocaban en el Piemonte por la garganta de la Bocchetta un sitio risueño muy propio ya de la hermosura de la campaña italiana.

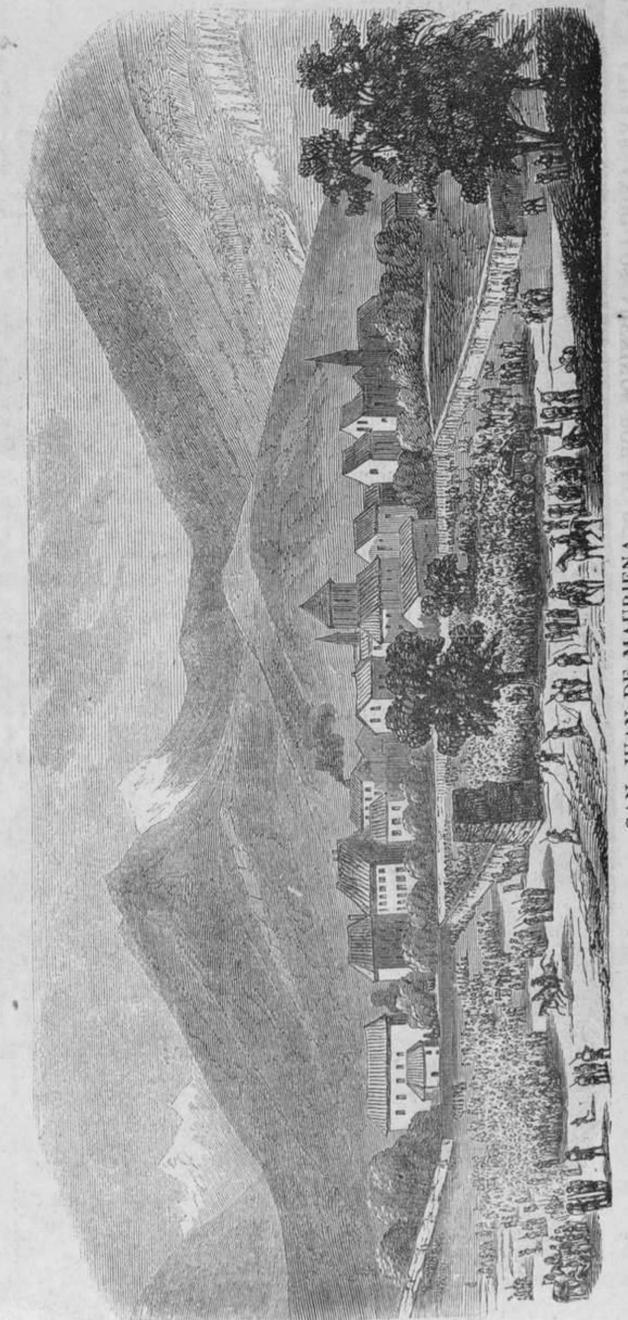
San Juan de Mauriena. — San Juan de Mauriena en el punto en que está situado entre las montañas, puede considerarse como una ciudad, aunque realmente no es mas que una aldea. Nada notable encierra; el lugar mas frecuentado es la posta de los caballos y al mismo tiempo la estacion de las diligencias del monte Cenís. En el ferrocarril de San Juan de Mauriena reina una actividad extraordinaria: á su estacion llegan por todos los trenes los destacamentos que han subido el monte Cenís; infantería y artillería, todo se reúne allí; los medios se multiplican lo mas posible para hacer frente á un servicio tan complicado. Desde ese punto los privilegiados, los que viajan aisladamente ó con dinero en el bolsillo, toman la posta ó la diligencia; las masas van á Susa, cuyo camino ofrece magníficos puntos de vista. Aquí el Arc cae en cascadas saltando sobre las rocas; allí corre sereno para enfurecerse luego. La montaña está cubierta de vegetación por todas partes, pero los árboles son poco voluminosos por la escasez de tierra vegetal, y por sus flancos las nieves deshelasdas corren en cascadas estrepitosas.

Modana. — En el camino se encuentra Modana, que es la primera etapa. Modana es una aldea bien construida. Su población de 15,000 habitantes se muestra muy hospitalaria con los soldados franceses.

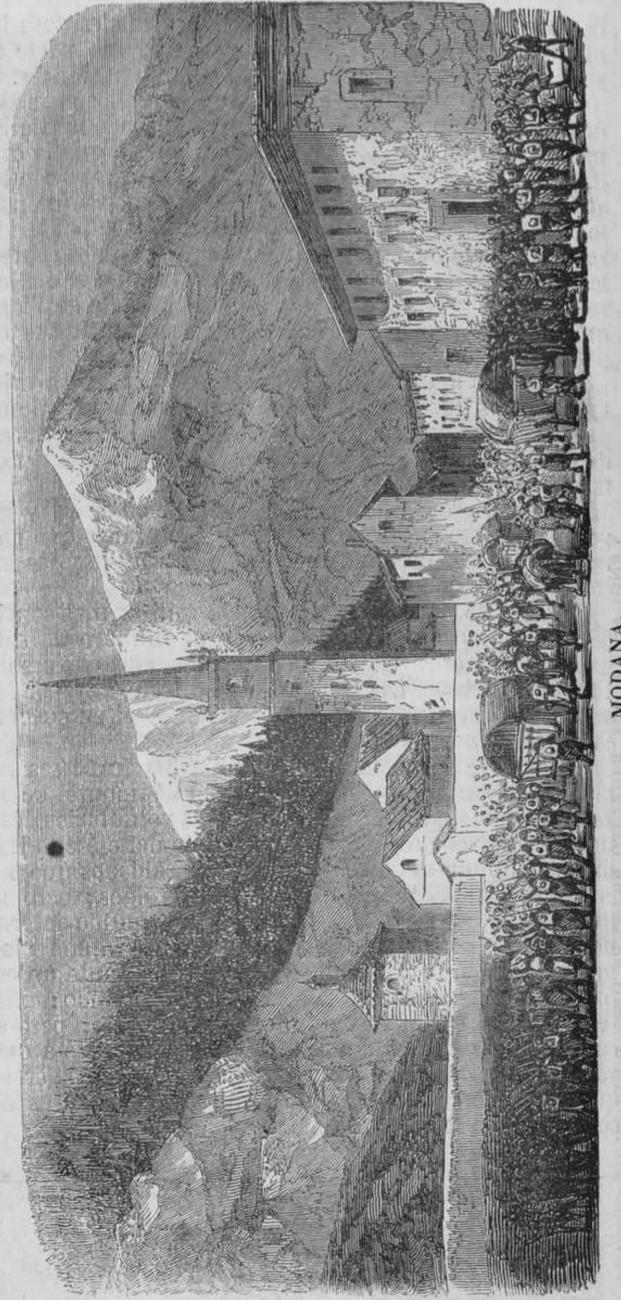
La vanguardia francesa dirigiéndose de Génova á Alejandria y atravesando los Apeninos por el puente del Scrivia. — La carretera y el ferrocarril que parten de Génova hacia el Norte atraviesan la cordillera de los Apeninos en el desfiladero de la Bocchetta, que es la clave del camino de Novi á Génova. El panorama de la cordillera visto desde el camino por el lado setentrional, es un magnífico cuadro. La vía que se dirige hacia Arquata y llega á Alejandria, atraviesa por un hermoso puente de piedra el río Scrivia, que sale de las montañas en la provincia de Génova, riega las provincias de Novi, de Tortona, de Alejandria y de Voghera, donde entra en el Pó despues de haber corrido 80 kilómetros. Una parte de la línea del Scrivia en el radio de Alejandria ha sido ocupada fuertemente por las tropas francesas desde su entrada en campaña.



PASO DE LAS PRIMERAS COLUMNAS DEL EJERCITO FRANCÉS POR ISOLA DEL CANTONE.



SAN JUAN DE MAURIENA.



MODANA.



VANGUARDIA DEL EJERCITO FRANCÉS DIRIGIÉNDOSE DE GÉNOVA A ALEJANDRÍA Y ATRAVESANDO LOS APENINOS POR EL PUENTE DEL SCRIVIA.

742

BETINA

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

EL MARQUÉS.

Si, una cabeza... (*La mira.*) Una cabeza encantadora, llena de gracia y de finura, de talento y de imaginacion, que todo lo penetra y lo comprende, y que sabria llevar una corona... ya lo hemos visto en el tercer acto de la *Cenerentola*...

BETINA.

Sí, os gusta verme en mi gloria.

EL MARQUÉS.

Es verdad, me gustábais mucho con el vestido centeciento, pero mucho mas con las tres diademas...

BETINA.

¿Cantaba mejor?

EL MARQUÉS.

No lo sé, pero estábais divina. ¿Os acordais?

BETINA.

Si por cierto. (*Betina canta los primeros compases del rondó de la CENERENTOLA; luego se detiene de repente y dice:*) ¡Ah! ¡Qué lejos está hoy todo eso!

EL MARQUÉS.

¿Qué decís? ¿Renunciáis al teatro?

BETINA.

Es preciso. Mi marido (digo mi marido, pronto lo será) no me dejaria salir á la escena. No podria ser, marqués.

EL MARQUÉS.

Eso es segun el gusto y las ideas de las personas. ¿Pero al menos no renunciáis á la música?

BETINA.

Oh, no; me seria imposible. Aquí estamos cantando siempre, ya lo vereis si os dignais venir á comer con nosotros... quizá os fastidiará tanta música.

EL MARQUÉS.

No temais eso... sin embargo, el corazon se me parte al pensar que ya no podré ir al teatro á deleitarme como en otro tiempo.

BETINA.

Sí, érais uno de los mas fieles cuando yo cantaba.

EL MARQUÉS.

Me lisonjeo de ello; á mi en el teatro me contaban como de la casa.

BETINA.

Y mas aun, marqués; recuerdo que habeis sido mi defensor.

EL MARQUÉS.

Es verdad; contra aquel oficial insolente...

BETINA.

Que me habia silbado en *Tancredo*.

EL MARQUÉS.

Justo. Le provoqué y recibí una buena estocada.... ¿Qué tiempos tan felices!

BETINA.

Sí... ¡pero qué lejos está hoy todo eso!

EL MARQUÉS.

Mucho repetis esas palabras; ¿y qué diré yo con los años que tengo encima?

BETINA.

¿Vos, marqués? el corazon no tiene arrugas, como dice Victor Hugo.

EL MARQUÉS.

Se equivoca el poeta. ¿Y sabeis en qué lo conozco, Betina? En que principio á vivir de recuerdos, y eso que me habia propuesto no caer en mi vida en esa falta. He visto tantos hombres sensatos que se hacian injustos por ese triste efecto de los años, que juré ser tan imparcial con las cosas nuevas como con las antiguas. ¡Vano propósito! Me sucede como á todos los de mi tiempo; no hablo mal de los compositores del dia; pero siempre tengo un flaco por Rossini. Recuerdo á la Pasta, á Rubini, al viejo Garcia, á la Malibran y á Lablache... ¿qué quereis? lo digo francamente, los echo de menos.

BETINA.

Pues no creo que haceis mal; yo tambien vivo un poco de recuerdos.

EL MARQUÉS.

¿A vuestros años?

BETINA.

¿Porqué no, señor marqués? Sí vuestros recuerdos

son anteriores á los míos, esto no impide que se parezcan.

EL MARQUÉS.

Los vuestros son de ayer; son niños que crecen. Tarde ó temprano volveréis al teatro.

BETINA.

Jamás, querido Stefani, jamás.

EL MARQUÉS.

Vamos á ver, ¿no érais dichosa entonces?

BETINA.

No pensaba en nada. ¡Ah! Entonces no habia amado.

EL MARQUÉS.

¿Qué quereis decir con eso?

BETINA.

Lo que digo. Era algo loca, indiferente, coqueta quizá. ¿No es propio de la juventud? Pero todo eso se acabó desde que he sentido que tenia un corazon.

EL MARQUÉS.

¿El amor os ha dado tanto juicio? Veamos cómo.... el caso es que tratándose de curar de esa manera, podria uno volverse loco. ¿Tanto amais á...? no me habeis dicho quién.

BETINA.

¡Ay! mi querido amigo; las palabras son frias, insignificantes, miserables, cuando uno quiere pintar su amor con ellas. No podeis imaginaros cuán grande es nuestra felicidad.

EL MARQUÉS.

Sí, sí, lo creo.

BETINA.

Mi vida es una novela que ha comenzado por un rapto.

EL MARQUÉS.

¡Un rapto!

BETINA.

¡Qué cuento, qué delirio! Lo dejamos todo, salimos juntos, en silla de posta sin mirar nada, sin pensar en nada; yo rasgué todas mis escrituras y él me sacrificó toda su carrera; todos mis empresarios se hallaban en el colmo de la desesperacion...

EL MARQUÉS.

Efectivamente, veo que el amor os dió juicio.

BETINA.

¿Qué quereis? No sucede otra cosa cuando se ama de veras. Hicimos un viaje delicioso. Figuraos marqués, que no hemos visto nada, ni una ciudad, ni una montaña, ni un palacio, ni un monumento, ni una estatua!...

EL MARQUÉS.

Nuevo método de viajar por Italia.

BETINA.

Así sucede cuando se ama de veras. ¿Qué nos importaban á nosotros esas curiosidades? ¡Si supiérais cuán bueno, cuán amable es!... ¡Cómo me cuidaba! ¡Dios mio! ¡Qué viaje! Yo que bostezaba siempre en camino de hierro, aun cuando se tratara solo de pasearme, he pasado cien leguas como un sueño!... ¡Italia! todo el mundo puede visitarla, pero como nosotros, nadie. Pasamos como una flecha y aquí estamos.

EL MARQUÉS.

¿Y porqué habeis elegido esta provincia?

BETINA.

No lo sé... porque él lo quiso... porque habia alquilado esta casa de campo... en fin no lo sé, habria ido á cualquiera parte, al último rincon del mundo... pero me detuve aquí, porque al pasar por delante de la verja me dijo: hemos llegado.

EL MARQUÉS.

¿Y porqué no se hicieron las bodas en Paris?

BETINA.

Porque se oponia su familia. Este es uno de los cien mil obstáculos...

EL MARQUÉS.

Y todavía no me habeis dicho su nombre.

BETINA.

¡Ah! ¿No lo he dicho aun? Es que se me figura que todo el mundo le sabe. Se llama Steinberg, el baron de Steinberg.

EL MARQUÉS.

No es apellido francés.

BETINA.

No, pero su familia habita en Francia.

EL MARQUÉS.

¿Estais bien segura?

BETINA.

El me lo ha dicho.

EL MARQUÉS.

¡Steinberg!... No me es desconocido... hasta creo recordar algunas circunstancias... poco favorables... Pero ya caigo... le ví esta mañana.

BETINA.

¿En dónde? ¿En casa de la princesa?.... Responedme.

EL MARQUÉS.

Justamente.

BETINA.

¡Ay de mí!... con ella está todavía.

EL MARQUÉS.

¿Qué teneis?

BETINA.

Si, sí, está con ella y por eso no viene... ¡Está con ella, un dia como el de hoy!... Cuando todo está pronto, cuando espera el escribano... cuando yo le espero... ¡Ah! ¡qué ultraje!

EL MARQUÉS.

Por poco os enfadais.

BETINA.

¡Por poco!... ¿no teneis corazon? ¿no conoceis el insulto que me hace?... ¡Y ese criado que me responde con aire confuso!... ¡Calisto! ¡Calisto!... ¿Dónde estás?

ESCENA VII.

LOS MISMOS, CALISTO.

CALISTO.

Aquí estoy, señora, ¿me llamais?

BETINA.

Si, responde. ¿Porqué hiciste el ignorante cuando te pregunté dónde estaba tu amo?

CALISTO.

¿Yo, señora?

BETINA.

Si; miente ahora tambien, cuando sabes que está en casa de la princesa.

CALISTO.

Señora, no sabia...

BETINA.

¿No sabias?...

CALISTO.

Disimuladme, no sabia si debia declararlo.

BETINA.

¡Ah! ¿te lo habian prohibido?... ¿Quieres hablar?...

CALISTO.

Señora, ya que lo mandais, no os ocultaré nada. El señor baron jugó ayer y perdió lo que no llevaba; se comprometió á pagar hoy y ante todo ha querido cumplir su promesa.

BETINA.

¡Habia perdido y yo no sabia nada!... Ya lo veis, marqués, ese era su secreto, eso era todo lo que me ocultaba á mí... Pero está mal hecho ocultármelo á mí y decírselo al criado.

EL MARQUÉS.

Todo eso no es mas que un exceso de delicadeza.

BETINA.

¡Oh! mi Steinberg es hombre de alma superior... Sin embargo, ya podia haber vuelto.

EL MARQUÉS.

Una mujer que juega y que gana y á quien hay que pagar al otro dia, no es la mujer amada.

BETINA.

Pero se me ocurre una cosa; dime, Calisto, ¿porqué no te envié con el dinero?

CALISTO.

Señora, no lo tenia. Debí pasar antes á la ciudad para tomarlo en casa de su banquero.

BETINA.

Yo tenia... ¿porqué no me lo dijo?... Ha hecho mal, muy mal... ¿es una suma considerable?

CALISTO.

No lo sé á punto fijo, pero me ha dicho que para él no era nada.

EL MARQUÉS.

Mi querida amiga, os dejo; me voy muy contento sabiendo que sois dichosa. Adios.

BETINA.

¿Pero volveréis? ¡Oh! quiero que seais nuestro amigo... tengo ese empeño... deseo veros todos los dias, á la moda de nuestro pais... ¿Dónde vivís?

EL MARQUÉS.

A poca distancia... en aquella casita blanca... allí, detrás de los árboles.

BETINA.

¡Qué placer! somos vecinos; podremos vernos á menudo.

EL MARQUÉS.

Imposible, me marcho mañana.

BETINA.

¡Tan pronto!... No lo permitiremos... ¿Y adónde vais?

EL MARQUÉS.

A Parma. Ya sabéis que está en Parma mi familia y me veo precisado...

BETINA.

¡Qué contratiempo!... ¡Precisado decís!... Habría preferido no haberos visto. Si, me dejais un recuerdo amargo, y sabe Dios cuándo volveréis... sois un... pero al menos comeréis hoy con nosotros... Quiero que firméis en mis contratos matrimoniales.

EL MARQUÉS.

No puedo, estoy comprometido; no obstante, volveré á despedirme... y ya que no puedo firmar os enviaré un ramillete.

BETINA.

¡Un ramillete!

EL MARQUÉS.

Sí.

BETINA.

Ea, venga el ramillete.

EL MARQUÉS.

¿Salís?

BETINA.

Sí, quiero acompañaros hasta la verja, para estar en vuestra compañía un ratito mas... ¡Dios mio!... ¡Sois un hombre insoportable!...

ESCENA VIII.

CALISTO, solo, luego EL ESCRIBANO.

CALISTO.

Vamos, esto va ya mejor. Supongo que el señor baron hará esta vez justicia á mi inteligencia. ¡Ah! ¡Llega ahora... va á encontrar á la señora con el marqués... y me lo habia prohibido! (Mira por el balcon.) No, no; toma otro camino, como si tratara de evitarlos... y eso es... los ha visto... y da un rodeo...

EL ESCRIBANO.

Calisto, ¿los novios están dispuestos?

CALISTO.

Todavía no, señor Capsucéfalo; dentro de un instante, dentro de un minuto.

EL ESCRIBANO.

Muy bien, esperaré.

CALISTO.

Es inútil que os incomodeis; os advertiré cuando llegue la hora.

EL ESCRIBANO.

Corriente, no me muevo de aquí.

ESCENA IX.

CALISTO, EL BARON.

EL BARON.

¿Así se cumplen mis órdenes?

CALISTO.

Os aseguro...

EL BARON.

¿Qué? ¿No te dije que no queria ver aquí á ese hombre?

CALISTO.

Hice vuestro encargo, pero la señora se empeñó...

EL BARON.

No puede ser, ¿qué la has dicho?

CALISTO.

Todo cuanto me habiais ordenado. Hasta encontré un pretexto para justificar vuestra ausencia.

EL BARON.

¿Qué pretexto?

CALISTO.

La dije que habiais jugado.

EL BARON.

¡Cómo!... ¿Qué sabias tú?

GALISTO.

No hallé otro recurso; me lo dijisteis esta mañana y añadí que la pérdida era corta.

EL BARON.

Sí, lo era entonces, pero ahora... ¡ah! ¡ese palacio es una casa de juego infernal!...

GALISTO.

¿Habeis jugado hoy tambien? Lo dije.

EL BARON.

¡Lo dije!... repite esa frase, imbécil... esa frase que sale de la boca de todo el mundo cuando á uno le sucede alguna desgracia!...

GALISTO.

Antes me tomé la libertad de ofreceros mis ahorros...

EL BARON.

¿Qué quieres que haga yo con tus ahorros?

GALISTO.

Poseo quince mil francos, me parece...

EL BARON.

¡Gran cantidad! óyeme... pero ¡cuidado! me has de guardar el secreto. Tengo que marcharme.

GALISTO.

¡Gran Dios!

EL BARON.

Es lo único que debo hacer. No tengo el dinero que he perdido, y es preciso que le encuentre, y para encontrarle tendré que ir á Nápoles ó á Roma donde conozco algunos banqueros. Partiré secretamente, con algun pretexto.

GALISTO.

Pero ¿y la señora?

EL BARON.

Se lamentará un poco; ¿crees que no lo siento yo? Con la desesperacion en el alma me aparto de estos lugares, pero repito que tengo que marcharme... ó apelar al suicidio... Anda a mi cuarto, llama á Pietro y á Giovanni, prepáralo todo... y punto en boca. En seguida buscarás caballos para esta noche.

CALISTO.

¿Y no quereis mis quince mil francos?

EL BARON.

Necesito cien mil.

ESCENA X.

Los MISMOS, BETINA.

BETINA.

¡Cien mil francos! ¿Necesitais cien mil francos?

EL BARON.

¿Quién ha dicho eso, mi querida Betina? (La besa la mano.) ¡Qué hermosa estais! Fresca como una rosa.

BETINA.

No se trata de mí, sino de vos. Explicaos con franqueza; ¿habeis jugado?

EL BARON.

Habeis oido mal, querida mia.

BETINA.

¿Es cierto que he oido mal, Calisto?

CALISTO.

Yo, señora... no sé...

EL BARON.

Sal de aquí, Calisto; bastante has charlado.

CALISTO, aparte.

¡Dios mio! Esto va de mal en peor. (Vase.)

ESCENA XI.

EL BARON, BETINA.

BETINA.

No sois franco conmigo.

EL BARON.

Repito que os equivocais. Cuando hablé de cien mil francos, es porque tenia en la idea un capricho, un cambio.

BETINA.

¿Cambio de qué?

EL BARON.

De una hacienda con un palacio que está de venta y que sin duda os gustará mucho. Hablaremos de esto mas tarde; ahora tengo que dar algunas órdenes.

BETINA.

No me decís la verdad.

EL BARON.

¿Porqué esa sospecha?

BETINA.

Porque lo veo muy claro.

EL BARON.

¿Y qué puedo decirsi si no creéis mis palabras?

BETINA.

Confesadme por qué cuando os he visto de lejos en el jardin, estábais tan pálido, hablábais solo y habeis tomado otro camino para no encontraros con nosotros.

EL BARON.

Tomé otro camino para no hablar con el hombre que os acompañaba.

BETINA.

¡Stefani!... no le conoceis... es un amigo antiguo... ¿Qué razon es la vuestra?

EL BARON.

No me gustan los dichos de malas lenguas; á veces los oigo, pero nunca los repito.

BETINA.

¿Dichos contra nosotros?... ¡Ah! eso es una chanza... pero no; ya caigo... le visteis en mi casa en Florencia... ¿es allí donde se hablaba mal?

EL BARON.

¡Quizá!

BETINA.

¡En Florencia! El marqués venia á mi casa como todo el mundo... Acordaos de que yo tenia una córte, yo reinaba entonces, amigo mio: tenia mis aduladores y mis cortesanos y aun mis soldados y mi pueblo; el patio del teatro que me queria entrañablemente... mientras yo no me acordaba mas que de vos, de vos á quien lo he sacrificado todo... ¡Y teneis celos de una palabra!... os incomodais por una visita que recibo... ¡Oh! es un capricho, una broma... pero no; os adivino; es un pretexto que tomais para hacerme olvidar lo que yo queria saber y para libertaros de mis preguntas.

(Se continuará.)

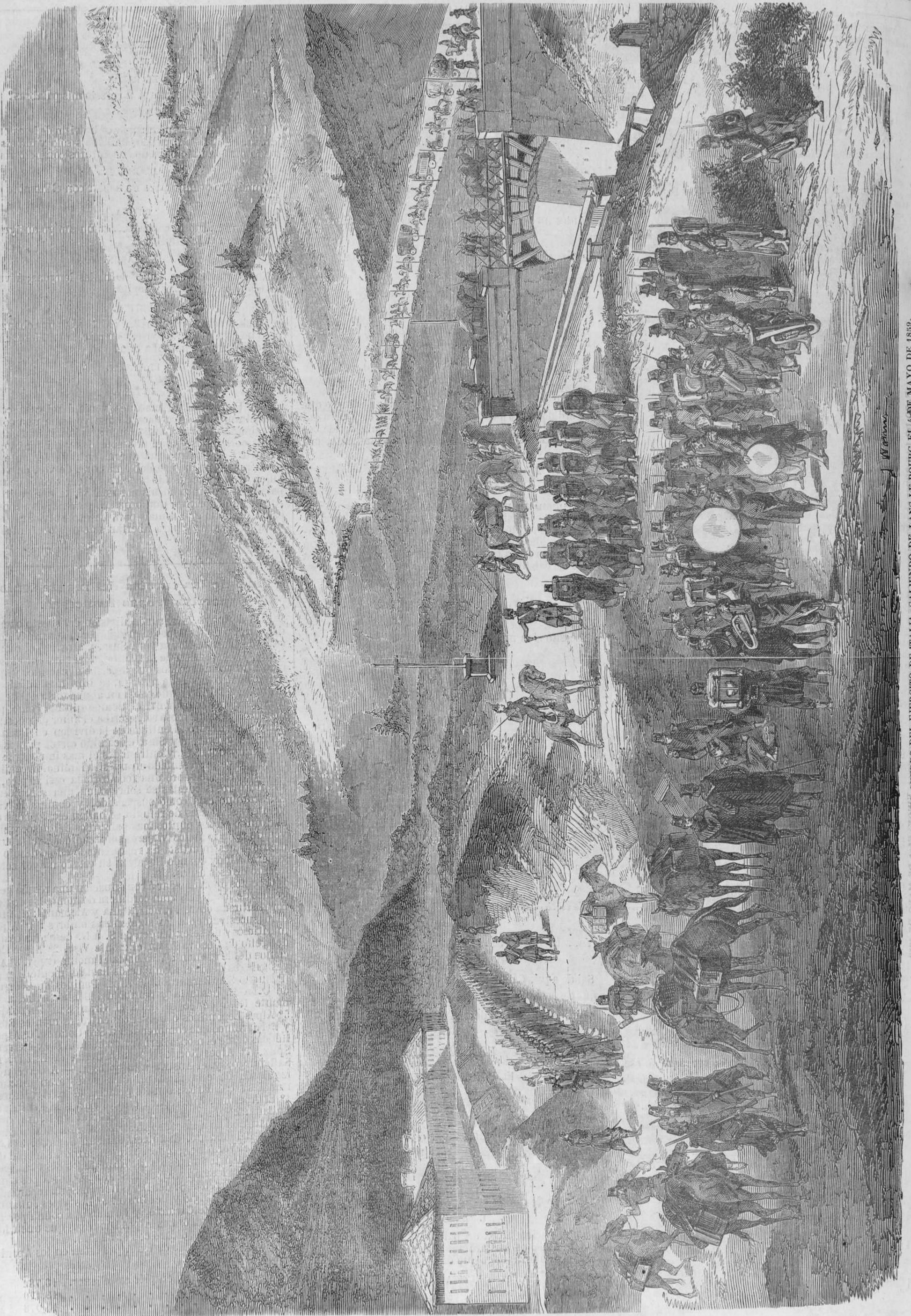
Paso de las cuestas del monte Cenís por las tropas francesas.

El 5 de mayo la segunda division del cuarto cuerpo del ejército de los Alpes mandado por el general Vinoy, salió de Lans-le-Bourg para Susa, y atravesó el monte Cenís. La ascension de la montaña, penosa por el crecido número de recodos que describe el camino, y que exige cuatro horas de marcha, se hizo mas difícil por la lluvia y la nieve que caian en abundancia. Al llegar á la vertiente meridional el tiempo cambió como por encanto. «Un hermoso sol, escribe el autor de nuestros dibujos, inauguró la entrada de la division en Italia.» Entre la garganta y Susa el camino ofrece puntos de vista muy notables, y entre todos el mas imponente es el que se ve representado en nuestra lámina. El camino se halla trazado sobre una roca cortada casi á pico, y sus numerosas cuestas se sobreponen una sobre otra. Este camino está como suspendido, y domina la via. Veinte y seis casas de refugio se hallan escalonadas en el camino en los puntos mas peligrosos del paso, y sirven de refugio á los viajeros sorprendidos por la tormenta. Nuestro artista ha representado en su dibujo al general Vinoy cuando llega con su estado mayor cerca de uno de esos asilos.

Creemos oportuno dar á continuacion una reseña geográfica de los Alpes, gran cordillera de montañas de Europa, situada entre Francia, Italia y Alemania, que toman sucesivamente los siguientes nombres: 1º Alpes marítimos que se extienden de S. á N. desde las costas del golfo de Génova hasta el monte Viso. 2º Alpes Cocianos desde el monte Viso hasta el monte Cenís. 3º Alpes griegos desde el monte Cenís hasta el monte Blanco (Pequeño San Bernardo). 4º Alpes Peninos que corren de O. á E. desde la garganta del Bonhomé hasta el monte Rosa donde se halla el Gran San Bernardo. 5º Alpes Lepontinos ó Helvéticos entre los montes Rosa y Bernardino, que comprenden á San Gotardo. 6º Alpes Réticos desde el monte Bernardino hasta el Drey-Herren-Spitz. 7º Alpes Nóricos que atraviesan la Estiria, la Saltzburgo, y el Ausuria alta y baja. — A derecha é izquierda de esta línea principal se separan muchos ramales secundarios; son los principales los siguientes: 1º El Apenino, que separa en dos partes la Península italiana. 2º Los Alpes berneses, el Jorat y el Jura, que forman una sola línea, separando los afluentes del Aar de los del Ródano, Gedistaen del San Gotardo. 3º Los Alpes de Vorasberg que se unen junto al monte de Oro y aislan los afluentes del Rin de los del Danubio. Tambien se les llama Alpes de Suabia. 4º Los Alpes Carnicos que corren al S. del Drey-Herren Spitz separando los valles del Adigio y del Drave. 5º Los Alpes Julianos que se unen á los Carnicos, y forman una colina por la cual corre el Save. 6º Los Alpes Dináricos que unen los Alpes propiamente dichos con el Balkan.

Las cimas mas altas de los Alpes están en los Apeninos, y son:

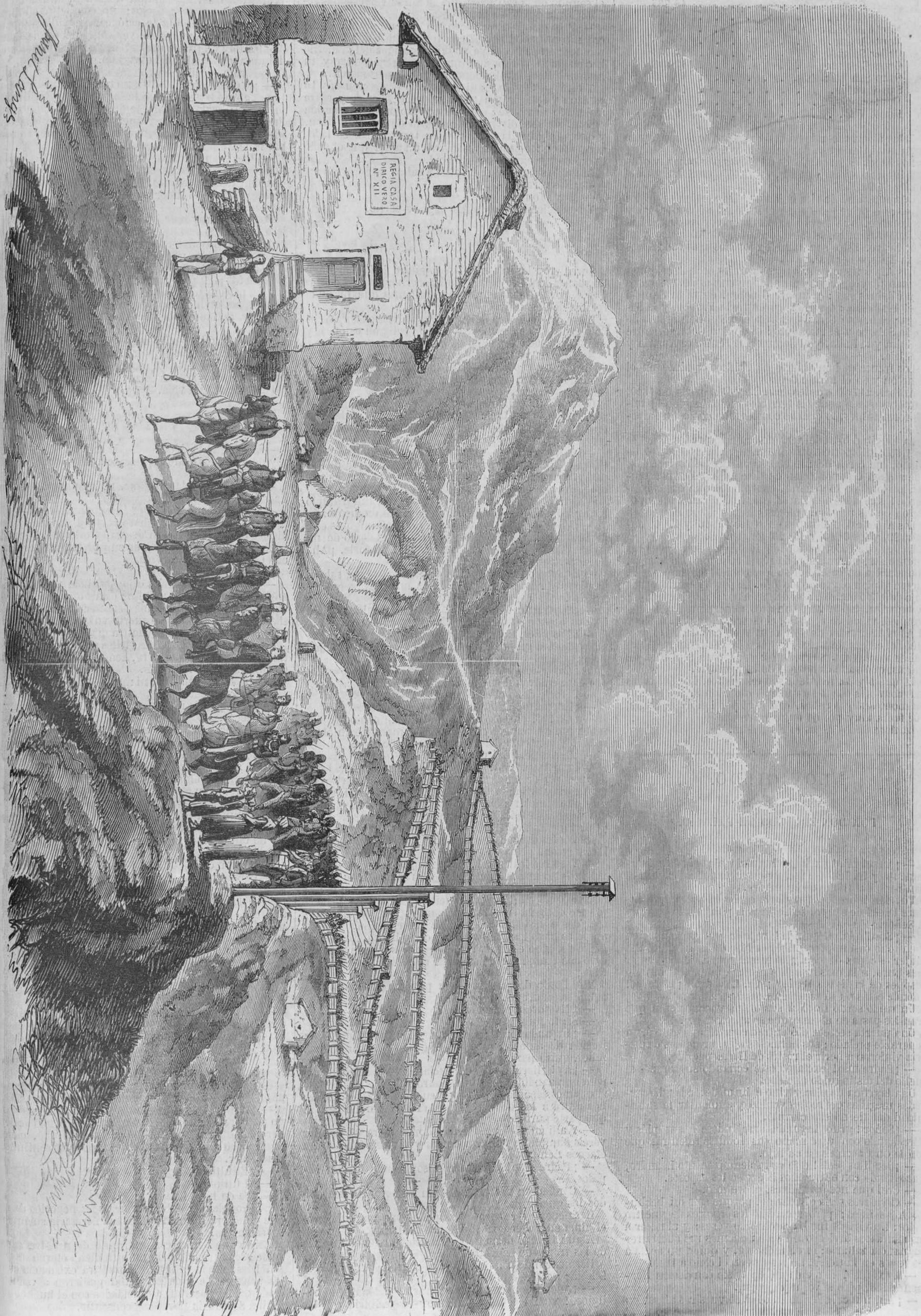
El monte Blanco, en piés castellanos.	16,782
Monte Rosa.	16,170
Monte Cervin.	15,078



LA SEGUNDA DIVISION DEL CUARTO CUERPO DEL EJERCITO DE ITALIA, SALIENDO DE LANS-LE-BOURG EL 4 DE MAYO DE 1859.

J. W. P. 1859

W. P. 1859



Monte Langa

PASO DE LAS CUESTAS DEL MONTE GENIS POR LA DIVISION DEL GENERAL VINOY. EL 8 DE MAYO DE 1859.

Monte Gigante.	14,735
Monte Olan.	14,700
Monte Pelvoix de Valonise.	14,323
Monte Iseran.	14,185
Ortler Spitz.	13,674
Gross Glockner.	13,615
Gran San Bernardo.	12,145
San Gotardo.	10,970
Monte Cenis.	9,887
Monte Viso.	9,555

Estas alturas exceden á casi todas las de Europa, pero son muy inferiores á las del Asia y América.

Los Alpes están cubiertos de nieves perpétuas, y ofrecen inmensos ventisqueros, sobre todo en Suiza y en el límite de Italia.

Una multitud de rios bajan por las vertientes de los Alpes; los principales son: el Rhin, el Ródano, el Pó y el Dambro, que llevan respectivamente sus aguas al Océano Atlántico, al Mediterráneo, al Adriático y al mar Negro. Estos son también los rios mas caudalosos de la Europa central.

Los Alpes tienen muy pocos parajes accesibles, pues forman una especie de muralla impenetrable. Los pasos mas célebres son: el monte Ginebra, entre la Francia y el Piamonte: las Escalas, entre la Francia y la Saboya: el monte Cenis y el pequeño San Bernardo, entre la Saboya y el Piamonte: el de San Gotardo, entre la Suiza y la Italia, y el Semmering, entre el Austria y la Stiria.

Los franceses han abierto magníficos caminos en el Simplon y en el monte Cenis.

Anibal, 217 años antes de J. C., y Bonaparte en 1800, han atravesado aquellas terribles montañas con ejércitos formidables, lo cual se consideraba como un imposible.

La longitud total del terreno ocupado por los Alpes es de 1,500 kilómetros próximamente, por 100 á 240 de ancho, con cerca de 240,000 kilómetros de superficie, que acogen una población de siete millones de habitantes, pastores en lo general, excepto los que corresponden á los Estados austríacos, que se dedican á la explotación de las minas de metales.

Los Alpes están situados entre los 43° 16' y 47° 10' latitud N., y los 6° 13' y 15° 20' longitud E.

La base de la formación de los Alpes son las rocas granitoides, intercaladas de rocas schistosas, micáceas, abundantes en cobre, cristales, rubíes, mármoles, sal, hierro y plomo y algo de oro. La parte superior, mas bajo de 3,500 metros, está ocupada por hielos perpétuos; la superior, hasta 2,000 metros generalmente, forma bosques, viéndose el abeto, el alerce, el tejo, el roble y el haya. Por cima de mil metros se encuentra el castaño, el cerezo, el nogal, y hacia la vertiente meridional se ve la viña. Se hallan á cada paso multitud de chozas, que son la vivienda de los pastores.

El queso y la manteca son exquisitos. Los animales mas comunes son las gamuzas, osos, lobos, linceas, gatos monteses y águilas, con otra porción de aquellos, que fuera muy prolijo enumerar.

La flora de los Alpes es riquísima.

LEOVIGILDO.

EPISODIO HISTÓRICO

POR DON EDUARDO DE PALACIO.

(Conclusion.)

— Ángel mio! exclamó Ingunda abrazándole fuertemente y haciéndole recibir en su angelical cabeza el bautismo del llanto de su madre.

Tú, tan inocente, tan puro, serias la presa que saciara la sed de sangre de Gosuinda. ¡Oh! no lo permita el Señor.

— ¡Gosuinda, Gosuinda! repetía con preocupacion y en tono casi imperceptible el hijo de Leovigildo. Esa mujer es capaz de todo. ¿No te maltrata á tí, á la mujer mas pura, á la mas inocente mujer que pisó el mundo despues de la divina María? ¡Ah, Leandro! ¡Leandro! ¿dónde estás? ¿tú tambien nos abandonas?

Un ruido sordo llegó á sus oídos y conocieron que eran los pasos de alguno que se aproximaba.

Una puerta secreta dió entrada en el aposento á un venerable prelado; sus hermosos ojos, ardientes de alegría vinieron á herir el rostro de Hermenegildo.

— ¡Padre mio! exclamó este echando sus brazos al cuello del distinguido anciano.

Una lágrima de placer vino á humedecer las descarnadas mejillas del recién venido y aumentar la sublimidad del tierno espectáculo.

— ¡Señor! gritó Ingunda arrojándose á sus piés y estrechando con una mano sus rodillas mientras que con la otra acercaba á su hijo.

— ¡Benditos seáis! dijo con solemne acento Leandro, y acogiendo con entrambos brazos á los esposos.

— Creí que nos olvidabais, padre mio.

— Olvidaros seria olvidarme, porque sois mi hechura, hijos míos; pero recordad los rigores de vuestro padre: Leovigildo me ha prohibido veros; y al faltar á sus mandatos arriesgo mi vida: además me cuesta repugnancia faltarle; es el monarca, y quien no acata á los reyes en la tierra, no respeta en el cielo á Dios.

— Es verdad, dijo en tono de triste convicción Hermenegildo, pero si vos nos dejais...

— ¡Ah, nunca, sobrino mio! Veo vuestras almas en

el camino de la salvacion, y á nosotros corresponde señalarlas la direccion verdadera.

— Pero quizás tu peligro no es tan grande como crees, continuó el augusto pastor despues de unos momentos; tu padre es ya viejo; las fatigas del gobierno le consumen por dias, é intenta repartir contigo y tu hermano Recaredo los dominios que le pertenecen.

Tú irás á Sevilla; allí á mi lado perfeccionarás tu corazon y satisfarás á tu conciencia; por hoy sufre resignado tu suerte; entrégate al amor de tu querida esposa, de ese divino instrumento de tu conversion, y quizás algun dia puedas vivir tranquilo á su lado, gozando en las pacíficas horas de un amor que el cielo te dió para asegurar tu felicidad.

El noble sacerdote se dispuso á salir.

— ¿Nos veremos?...

— Muy pronto.

Y bendiciendo á los felices esposos partió.

V.

Sucedieron las cosas como Leandro habia dicho á Hermenegildo. Leovigildo dió á gobernar las Andalucías á este, por evitar los malos tratamientos que Ingunda recibia de Gosuinda.

Libre ya del enojo de su padre ó á lo menos creyéndolo así, pasóse Hermenegildo á la religion católica y recibió segunda vez el bautismo.

Noticioso el padre de esta resolucion, que no desagradó á muchos españoles, hizo llamar á su hijo, quien temiendo algun exceso, se abstuvo de ir á su presencia.

Irritado Leovigildo con este desacato, armó un poderoso ejército para luchar con Hermenegildo, y despues de algunas jornadas pusieron cerco á Sevilla donde este moraba.

— No hay remedio, decia en un momento de angustiosas reflexiones; voy á ser víctima del furor de un padre. Cruelas páginas de la historia goda, hoy os aumentareis con la atroz pintura de un asesinato.

— Quizás el cielo se apiade de nosotros, interrumpió Ingunda, y aparentó calma en tan critico momento.

— ¡Ah! ¿qué será de tí, de mi hijo? Castigo es este de Dios por haberme sublevado contra el deseo de mi padre. Yo he otendido al Señor por agradarle. ¡Ah! Leandro, ¿qué hacemos?

— Esperad en Dios; la situacion es peligrosa; solo él puede salvarnos; por ahora, hijos míos, es fuerza separarse.

— ¿Separarnos? dijeron á un tiempo abrazándose los dos esposos; nunca, jamás.

— Hijos míos, los instantes son preciosos: tú, Hermenegildo, á guiar tus huestes; yo velaré por Ingunda y por tu hijo.

— ¿Contra mi padre?...

— No, contra un enemigo de la fe católica.

— Pero le debo el ser.

— ¡Insensato! antes se le debes al Señor.

— ¡Oh! sí, sí, pero... ¡Ingunda! ¡hijo mio! exclamaba con ese entusiasmo que solo comprende un alma noble, y estrechándoles contra su pecho.

— ¡Hermenegildo! no perdamos un instante.

— Pero Ingunda... mi hijo, ¿á quién confiar estos dos pedazos de mi alma? Vos no podeis guardarlos; os expondriais al enojo de mi padre, y todos seriais víctimas que inmolaria en su venganza. Hay en mi ejército dos valerosos capitanes romanos; ellos quizás... sí, sí. ¡Hola! continúa dirigiéndose á uno de sus guardias.

Momentos despues entraban los dichos jefes en aquella mansion.

— Vosotros leales soldados en quien puedo esperar, vosotros los mas valientes, los mas dignos de mi ejército, vais á guardar mi vida, os voy á confiar el tesoro que mas estimo; la cruel guerra que ha dado principio me obliga á separarme de mi esposa, de mi hijo; sois desde hoy los guardas de su existencia; desde ahora os hago los mantenedores de su honra. No me engañareis, ¿no es cierto? ¿No querreis verme triste y desolado acabar mis años presa del dolor y la desventura?

Y el llanto de sus ojos hacia palpar el corazon de aquellos guerreros.

— ¿Me jurais conservarlos?

— Sí; lo juramos.

— ¡Ingunda! ¡ángel del amor! ¡hijo mio, tú, la ilusion de amores, eres hoy el cáliz de mi amargura! Adios, quizá para siempre.

— ¡Ay! ¡Hermenegildo! exclamó la desdichada esposa abrazándole; pero en nuestros últimos momentos, si estamos separados, el dulce sueño de la fe católica nos unirá á los dos: la muerte no es temible para el que parte puro á los ojos de Dios.

— Y allí en el divino eden donde mora el Criador vereis cumplidos vuestros deseos y vivireis felices para eternos tiempos.

— ¡Padre mio! exclamaron sollozando los dos esposos.

— Confiad en nosotros, dijeron á su rey entusiasmados los guerreros.

Hermenegildo se separó de aquel tierno grupo dejando el alma en poder de los romanos capitanes.

Algun tiempo despues Sevilla estaba bajo el imperio de las tropas de Leovigildo.

Hermenegildo se refugiaba al sagrado recinto de la iglesia; Recaredo le seguia.

— ¡Adónde, hermano, te arrastra el fanatismo religioso! vuelve á tu padre; hoy te recibiria con los

brazos abiertos; mañana tal vez sea ya tarde; no desprecies mis sanos consejos; yo como tú, admiro y siento en mi pecho la fe católica, pero disimulo mis pasiones y mañana podré ver satisfechos mis deseos. Abjura hoy de tus creencias, hazte arriano á los ojos del mundo y vuelve á Leovigildo.

— Nunca, déjame.

— ¡Ah Hermenegildo! tú no me comprendes ni me tienes afecto fraternal; yo te lo suplico de rodillas si es menester; hazlo por mí; te quiero, hermano, con delirio; temo por tu vida y quiero evitar una catástrofe.

— En vano intentas convencerme, moriré contento por la fe católica.

— Pues bien, repuso Recaredo con energia, eres mi prisionero.

Algun tiempo despues, el católico rey de las Andalucías yacia en el dolor en un triste calabozo de Tarragona.

Los escasos rayos de luz que penetraban por un agujero practicado en la parte superior de una de sus paredes, eran los únicos recuerdos que le advertian su existencia en este mundo.

— ¡Ingunda! ¡mi hijo! repetía sin cesar el héroe prisionero. ¡Los perdí para siempre!

Y en prolongado letargo pasaba algunos minutos.

Los rezos divinos ocupaban sus dias que deseaba ver concluir, animoso y confiado en la pura fe de sus sentimientos.

Es la religion el mas puro bálsamo para curar las heridas del alma: el hijo de Leovigildo veia gozoso los martirios que le daba el mundo, y solo el placer de la esperanza podia borrar de su mente algunos instantes los dolores de esta vida.

VI.

— ¿Con que no hay medio de convencerle? decia el rey de los godos á su hijo Recaredo de vuelta ya en Toledo.

— Ninguno: ni las súplicas, ni las amenazas podrán hacerle desistir de sus propósitos.

— ¿Y qué partido tomar? intento aun hacer la última prueba; le escribiré, haré partir á su lado algunos dignos prelados de nuestra secta, y tal vez las amonestaciones de estos y la voz de su padre le hagan volver en sí y correr á mis brazos.

— ¡Dios lo quiera!

— Siempre suplicando, dijo Gosuinda presentándose en la habitacion de improviso; estais ofreciendo á vuestro pueblo el mas miserable espectáculo que vieron los siglos; amenguais de esa suerte vuestra majestad real, y arrastrais por el polvo vuestra dignidad de padre.

— Cuando por los medios fáciles puede lograrse nuestro objeto, es locura, señora, acudir á la violencia, dijo en humilde tono Recaredo.

— No os pido consejos, ni me dirigia á vos.

— No creí ofenderos.

— Basta, podeis retiraros, añadió Gosuinda con imperioso acento.

Y el mancebo salió de la estancia.

— ¿Qué pensais hacer? continuó la esposa del monarca, ¿escribir á Hermenegildo? ¿humillaros á vuestro hijo? no será mientras yo exista.

— ¿Conoceis algun otro medio?

— Decretad su muerte.

— ¡Oh! nunca, soy su padre.

— Y si un dia perdieras el trono, si fuera tu vida el pago de su venganza, ¿á quién podrias culpar entonces de tan terrible desenlace? á tu cobardía, á tu ineptitud.

— ¡Gosuinda!

— Perezca ese miserable que no sabe comprender las bondades de nuestra secta, y que ajando las doctrinas de la raza goda, no guarda fueros á su propia sangre.

— Pero es mi hijo.

— Es el enemigo del trono de Leovigildo. ¡Ah! tú no sientes en tu pecho la luz de la religion arriana.

— ¡Desgraciada! exclamó el godo con irritada voz; ¿qué es lo que dices? por ella verteria mi sangre contento, y si al oírte no te hice perecer á mis manos, fué porque eres una mujer.

— ¿Conmigo tal fiereza, y tan execrable humillacion con Hermenegildo?

— Me estás lanzando al precipicio. ¿Quieres que decrete su muerte? continuó trémulo y desecajado el padre del prisionero; pues bien, tú serás responsable á Dios de la sangre de esa víctima.

— Sí, caiga sobre mi conciencia el peso de este asesinato, ya que tú cobardemente le huyes.

— ¡Nunca, nunca! gritó con soberbia el monarca; yo siempre acepto las consecuencias de mis acciones. Pero déjame tentar el último medio, continuó, haciendo lugar en su alma por un corto tiempo á los sentimientos paternales.

— ¿El último?

— El último.

— Sea en hora buena.

La Providencia habia dispuesto los negocios de modo que pareciera Hermenegildo; era necesaria su muerte ó su salvacion.

Así lo que parece cruel término de nuestra carrera, suele ser el principio de nuestra dicha eterna.

Y Dios manda el límite á nuestra existencia cuando las pruebas de nuestra virtud pudieron agradarle, y prolongadas pasarian á crueldades con el bueno, que la divina Sabiduria no podría consentir.

Las sentidas quejas de Leovigildo, transmitidas en el papel á su hijo, sirvieron solo para aumentar el vigor de la lucha que entre la fe y el amor filial mantenía su corazón.

Recelaba también Hermenegildo que las súplicas de su padre fueran nacidas de la astucia y no del cariño, porque rara vez se esperan sentimientos generosos de un alma innoble, ni demostraciones humildes en una fiera; y no accedió á venir á la presencia de Leovigildo.

El resultado de esta negativa fué su sentencia de muerte: Gosiunda, instigando sin cesar á su esposo, le obligó á ordenar el asesinato del católico rey de Andalucía.

Un hombre del pueblo, llamado Sisberto, fué el electo instrumento de tan horrible acción.

— ¿Me habeis hecho llamar, señor? decía el abominable verdugo.

— Sí, Sisberto; te necesito. ¿Eres fiel? ¿cumplirás una orden con prudencia?

— Por arriesgada que sea, respondo de su cumplimiento.

— Se trata de un hombre... que me incomoda, que me ofende.

— ¿Y quereis?...?

— Que muera.

— Morirá.

— Es poderoso.

— No importa, que el acero es mas duro que el oro.

— Está prisionero.

— Se vencen los guardas.

— Son míos.

— Entonces...

— Es católico.

— ¡Ah! exclamó con ferocidad el asesino, me proporcionais un placer y me preguntábais si cumpliría!

— Noble.

— Condicion que aumenta mi placer.

— Joven.

— Basta, me lo pintais de un modo que vais á volverme loco de alegría y ansiedad. ¿Noble, joven y poderoso? ¡Ah! no pudo el infierno mismo lanzarme una criatura mas digna de mí: os prometo cumplir mi misión con acierto, con entusiasmo, decía en su frenético y delirante instinto de sangre el repugnante verdugo.

— Un solo golpe, exclamó Gosiunda, hasta entonces muda y reflexiva, dejando asomar á sus labios una diabólica sonrisa.

— ¿Querriais por ventura enseñarme el oficio?

— No seremos ingratos.

— Por supuesto.

— Tú pondrás el precio, dijo regocijándose la madrastra de Hermenegildo.

— Vale tan poco la vida de un hombre, repuso cínicamente Sisberto, que... lo que me deis: que ahora menos que nunca he de ser exigente: me habeis elegido un ente que me va á hacer gozar muchísimo.

Y el miserable lanzó una carcajada.

— ¿Su nombre? continuó.

— Mi hijo, contestó el rey de los godos, manifestando alguna pena.

— Hermenegildo, repitió con júbilo Gosiunda.

El asesino dió un paso atrás con asombro.

— ¿Vuestro hijo el rey de Andalucía?

— ¡Cobarde! ¡también tú te espantas! exclamó la esposa del monarca.

— Siento... pero... morirá, añadió con resolución Sisberto.

— Sí, sí, continuó Leovigildo con firmeza, que muera ese infame, no haya piedad para él.

— Obedeceré. ¡Pobre Hermenegildo! dijo entre sí el verdugo.

Y por la primera vez en su vida salió contra su gusto, á lo menos con alguna repugnancia, á cumplir la sentencia del católico prisionero.

VII.

Puro como la sonrisa de una doncella, amaneció el día 14 de abril del año 383.

Los brillantes rayos del sol pintaban con hermosos colores las floridas campiñas, y el suave viento que entre los ramajes jugueteaba, parecía venir á herir nuestros semblantes desde las angélicas bocas de los serafines.

El desgraciado Hermenegildo pasaba las horas del dolor con la misma dulce paz de espíritu que el que goza la mas satisfactoria felicidad.

Ignoraba los proyectos de su padre, y lejos de culparle le bendecía y pedía al cielo el perdón por haberlo desobedecido.

Cruel paralelo entre los feroces instintos del padre y los benéficos sentimientos del hijo; este no sentía en su alma un solo rencor, aquel no guardaba en su pecho ni un átomo de compasión para Hermenegildo.

El virtuoso mártir de la fe católica, olvidado como la verdad y humilde como la sabiduría, esperaba con ansia el desenlace de su desgraciada historia.

No se hizo esperar mucho tiempo. Habían transcurrido algunas horas del día, cuando la puerta del calabozo del prisionero abrió su hoja; un hombre de asqueroso aspecto acompañaba hoy al carcelero. Hermenegildo oraba noche y día, y pocos momentos interrumpía sus rezos; porque su sueño era escaso y porque él probaba de los alimentos con laudable y católica fe.

Si los buenos son recompensados por la divina Omnipotencia, el rey de Andalucía debe gozar los dones del Altísimo.

La entrada de Sisberto en la prision de Hermenegildo no fué apercibida por este.

— Guarde Dios al ilustre prisionero.

— ¿Quién sois? preguntó este con humilde tono.

— Sisberto, contestó el sicario, ocultando á sus espaldas el instrumento de su ferocidad.

— No os conozco.

— Es igual; vuestro padre Leovigildo...

— Basta, ¡Dios mio!

— Digo que vuestro padre, noticioso de vuestra conversión al catolicismo...

— Callad, os repito, ofendeis tan sagradas doctrinas al tomarlas en boca.

— ¿Esas tenemos? ¿á mí injurias? ¡miserable! ¿sabes que soy el encargado de terminar tu existencia?

— ¡Oh! ¿creéis intimidarme?

— ¿No? veremos: me habiais inspirado alguna compasión... no mucha, porque yo soy incapaz de compadecerme; pero ahora, te aborrezco, y voy á cumplir mi orden, la orden de tu padre, con extraordinario placer.

— ¿De mi padre? no, no es posible.

— ¿Que no?

— ¿Cómo puede aborrecerme él cuando yo le adoro, cuando sufre mi alma al pensar que le he desobedecido?

— Sí, sí, ¿ahora te arrepientes? Pues ya es tarde.

— ¡Ah, Ingunda, mi hijo!

El verdugo soltó una estrepitosa carcajada.

— ¿Tú mujer, tu hijo? repuso; en poder de Leovigildo.

— ¿De mi padre!

— Y de tu madrastra, ja, ja.

— ¡Dios mio, Dios mio! la vida para ellos y muera yo solo: verdugo, ¿qué te detiene?

— Nada.

Y haciendo brillar el arma que guardaba á su espalda, puso fin á la triste situación de Hermenegildo.

El mortífero acero resbalaba por el cuello del infeliz joven, mientras este articulaba algunas palabras.

— ¡Dios mio! salvados y acógeme en tu cielo, muero en la fe católica, soy feliz.

— Cumplí mi encargo, hé aquí un hombre: ¡cuán poco vale una existencia! Llevemos esta noticia al rey de los godos.

VIII.

La noticia de la muerte de Hermenegildo llegó al palacio de Toledo. La implacable Gosiunda fué la primera en esparcir tan infausta nueva, apenas traída por el mismo ejecutor de la orden. Y aunque entre aquellas gentes los asesinatos fuesen medios admitidos, no dejó de aterrarse al pueblo la bárbara venganza de Leovigildo.

Verificóse por fin el enlace de Recaredo con Bada, hija de uno de los principales godos de la península española; y con las naturales fiestas y regocijos olvidáronse de la muerte de Hermenegildo. Solo el rey de los godos, el implacable juez de su hijo, entregado primero al dolor y despues al infierno del remordimiento, pasaba sin consuelo las horas de su vida.

— ¡Es mi hijo! ¡Hermenegildo, ven á mis brazos! ¡Ah, le perdí para siempre! Yo mismo decreté su muerte, exclamaba frenético el soberbio godo.

¡Padre miserable! ¡desdichado padre! ¡Dios mio, á lo que nos arrastra un fanatismo! ¡Gosiunda! ¡ah! tú has sido el inicio huracan que avivó la llama de mis pasiones: te aborrezco, monstruo humanado, te... pero ¿quién mas que yo ha señalado el término de los días de mi hijo?

¡La religion! proseguía; la religion católica... ¿quién sabe si es la mas sabia, la pura de del catolicismo?

Los ecos que el viento viene á hundir en mi cabeza, estas miserables alhajas, testimonio de mi soberbia, hijas de la infernal locura del mundo, todo, todo parece que me recuerda los dolores de un mártir y las asquerosas angustias de un réprobo. ¡Asesino, asesino! cruel palabra que leo en todos los objetos; terrible frase que miro escrita en todos los semblantes.

Veó á Hermenegildo alzarse sublime y magnífico sobre espesa nube á las alturas del firmamento. «¡Padre tirano, me dice, asesino!» Siempre, siempre asesino. Me veo á mi mismo miserable y despojado de estas galas, presa de las mas horribles angustias, castigado con crueles penas por mis abominables culpas. Mi hijo me señala con el dedo: «aquel es mi verdugo,» y furias infernales vienen á arrancarme la existencia, pero lentamente, porque los dolores prolongados son solamente los verdaderos dolores.

¿Y tú, Hermenegildo, eres mi delator, mi mas encarnizado enemigo? Perdóname, heroico hijo de Teodesia, perdóname. ¡Ah! sí, sí. Tú me quieres, tu alma es mas noble que la mia; yo no supe perdonar... pero tú, ¡oh! las almas grandes siempre perdonan.

Los vértigos del alma pusieron pronto fin á la materia. El rey de los godos, no pudiendo soportar el peso de su conciencia, aunado con el de los años, tocó sus últimos instantes.

Créenle algunos autores convertido al fin de su vida á la fe católica: historiadores modernos dejan en duda esta proposición.

Recaredo, hijo por sangre que no de sentimientos, del inhumano sacrificador de Hermenegildo, heredó la corona de su padre; cosa que en tiempo de rey electivo como eran aquellos, debió mirarse de mala manera, y solo las virtudes del sucesor pudieron borrar estas impresiones.

Que es obligacion de los pueblos tolerar los ligeros defectos de los reyes, porque son humanas creaciones, y como tal pueden engañarse; y porque sufriendoles algo malo, se les obliga á hacer mucho y bueno.

El reinado de Recaredo fué de los mas honrosos para nuestra antigua historia.

Apenas muerto Leovigildo, recibió el bautismo y se rindió á la fe católica.

— Dios perdonará esta víctima, decía un día, revolviendo en su imaginacion un proyectado castigo para el asesino de su hermano; pero seria injusto si no hiciera pagar á ese miserable el vil asesinato de mi hermano. Sisberto morirá; de esta suerte evito nuevos atropellos de ese verdugo, y libro á la nacion de una de las impuras semillas que corren su suelo.

Pocos días despues el asesino de Hermenegildo habia dejado de existir, Leandro recibia muestras del aprecio y veneracion de Recaredo, y los obispos arrianos que por su encarnizada oposicion al catolicismo se habian distinguido, iban desterrados á diversos sitios.

— El cielo echa sus bendiciones sobre tu pueblo, y guardará tu preciosa vida, decía Leandro con místico entusiasmo al hermano de Hermenegildo; aprende á amar á todos, que así te sabrás estimar á tí mismo en lo justo, y procura que nunca en tu alma viertan su veneno los remordimientos; vive tranquilo sin ofender á ninguno, y así no te ofenderán; escúdate en tu virtud, y no en la fuerza, que ella mas que el acero te guardará de los golpes de la maldad, hazte amar de tu pueblo, vela por él, y Dios velará por tí.

— ¡Padre mio!

— La educacion que tú le dieras, ha de honrarte algun día, como honran al padre las acciones de sus hijos, como al labrador los hermosos frutos del campo que cultiva; no te dejes llevar nunca del fanatismo religioso, porque así proteges las doctrinas contrarias. Ya vistes el cuadro desolador de tu padre.

— ¡Ay!

— No recordemos esto, que recordar los males es proporcionarse otros nuevos.

— ¡Cuán bueno sois!

— Tampoco hablemos de eso, dijo con laudable modestia el digno prelado; ¿me prometes obedecer mis consejos?

— Siempre, padre mio.

— Ven á mis brazos, hijo, exclamó sollozando y con efusion el augusto católico. ¡Dios mio! que no cierre mis ojos sin verle feliz.

— ¡Ah!

— Sí, sí; tú lo serás; tú borrarás de la memoria de tu pueblo la ferocidad de tu padre, que al bien nacido le hace olvidar una bondad todos los agravios de una existencia. Si fueras tirano te envanecerás con el título de rey; si eres justo gozarás con el nombre de padre; los pueblos bendecirán tu yugo, que esclavo de quien no se abusa, lejos de serlo es feliz, y nunca habrá mayor gloria que la de ser esclavo de la virtud: vela por tu pueblo, y Dios velará por tí; huye de los arrebatos de un momento, que ya has visto que traen en pos muchos días de amargura.

Las tropas francesas pasando junto al obelisco del monte Ginebra.

El monte Ginebra en el departamento de los Altos Alpes pertenece á la cordillera de los Alpes Cocianos y forma el límite de la Francia y el Piamonte. La garganta del monte Ginebra que tiene 1,907 metros, es uno de los pasos mas fáciles para penetrar en Italia. Se cree que por ese punto pasaron las expediciones de Anibal, de César y de Carló Magno. En 1814, 40,000 franceses bajo las órdenes del general Grenier atravesaron también su paso. En 1802 el primer cónsul Bonaparte le hizo realmente practicable. La direccion de las obras fué confiada á M. Ladoucette, prefecto de los Altos Alpes. El camino que atraviesa hoy el monte Ginebra es una magnífica vía por donde la artillería puede pasar sin peligro y sin grandes dificultades. Un obelisco perpetúa el recuerdo de la construcción de ese camino, mediante una inscripcion en lengua italiana, española y latina grabada en su base.

Dice así:

NAPOLEON EL GRANDE

EMPERADOR Y REY

MANDÓ ABRIR ESTE CAMINO

POR EL MONTE GINEBRA

MIENTRAS TRIUNFABA DE SUS ENEMIGOS

EN EL VISTULA Y EN EL ODER.—1807.

Estas inscripciones se borraron en 1815 por el ejército austriaco, pero fueron restablecidas despues. Publicamos una vista del camino del monte Ginebra. La casita que se ve cerca del obelisco es un puesto de aduaneros franceses. Mas allá está la aldea del monte Ginebra, que data de una antigüedad muy remota, segun las inscripciones que se han descubierto. En la aldea hay una casa de refugio fundada por Humberto II, el mismo que



TROPAS FRANCESAS PASANDO JUNTO AL OBELISCO DEL MONTE GINEBRA.

cedió el Delfinado á la Francia. En las cuestas del monte Ginebra se ha construido de la misma piedra que el obelisco una fuente que da un agua clara y abundante. Una inscripcion recuerda que el camino se abrió en 1808.

La artillería piemontesa en Susa.

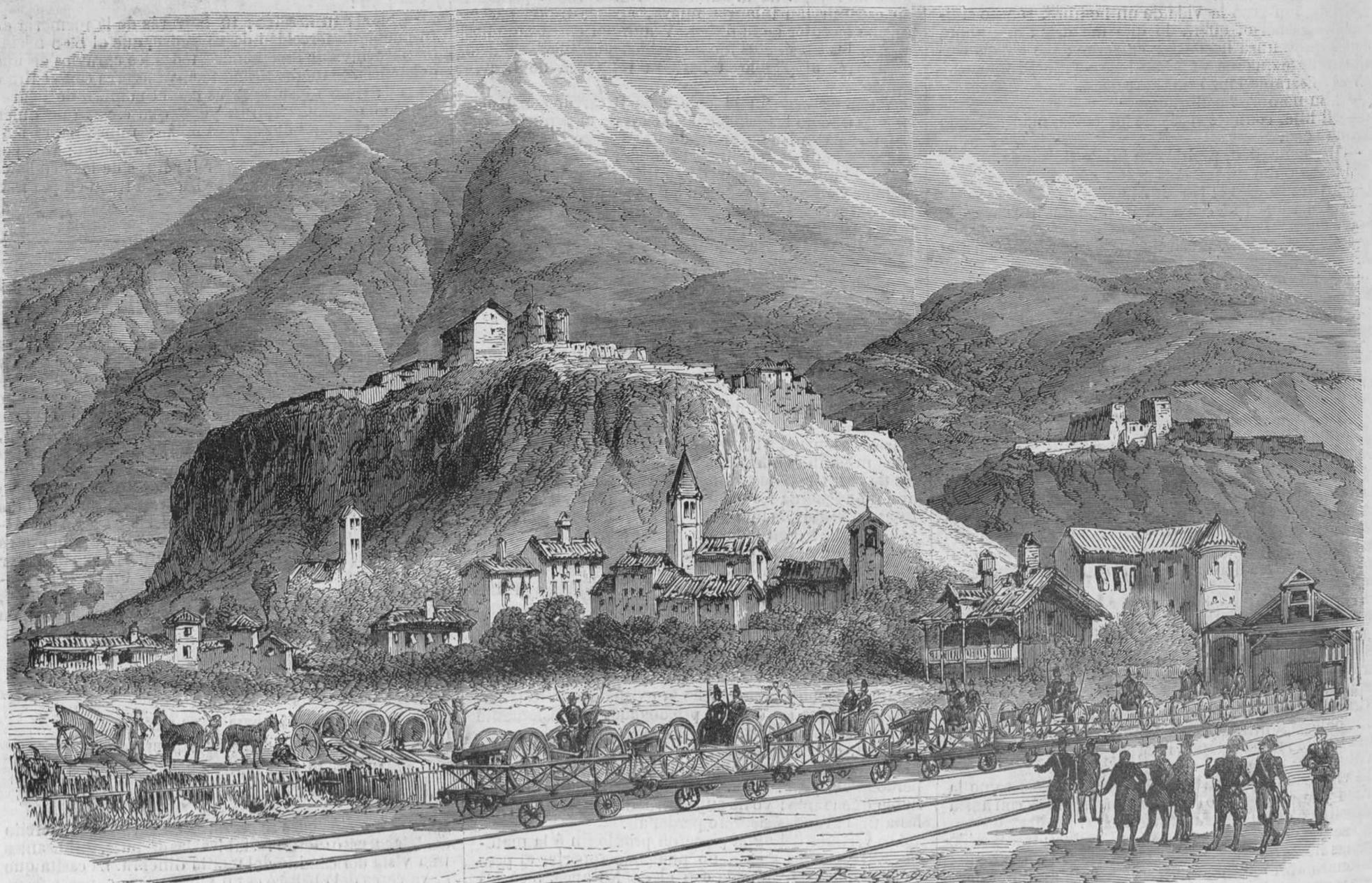
El 8 de mayo se recibió en la estacion un material de

artillería considerable procedente de Turin. Juzgando el gobierno sardo por los movimientos de las columnas austriacas que su intencion era adelantarse hácia Turin, apoyándose en los Alpes y desembocando por Susa, dió las órdenes convenientes para el armamento inmediato de los fuertes que dominan la ciudad. El dibujo que publicamos representa la llegada de un convoy de artillería piemontesa que se destinó á ese armamento.

Susa (*Susa segusium*) se encuentra á 53 kilómetros O. de Turin, es capital de provincia y de partido, y se halla

situada sobre el Doira-Rapaire en la confluencia de Cenis y al empalme de las dos carreteras del monte Cenis y del monte Ginebra. Se halla en comunicacion directa con Turin por medio de un ferro-carril. Tiene 2,583 habitantes. La ciudad es muy antigua; en otro tiempo fué una plaza de guerra muy importante, y la llave de Italia en las fronteras de Francia.

En 1798 fueron demolidas sus fortificaciones en virtud de un tratado entre la república francesa y el rey de Cerdeña.



LLEGADA A SUSA DE UN CONVOY DE ARTILLERIA ENVIADO POR EL GOBIERNO SARDO PARA EL ARMAMENTO DE LOS FUERTES.